



Dr. Plinio

Publicación Mensual Vol. V - Nº 22

La victoria de la confianza en María



Apóstol de la santa violencia

Al Apóstol San Pablo, para quien la palabra de Dios es como una espada de doble filo y penetra hasta donde se dividen el alma y el espíritu (cf. Heb 4, 12), la Providencia concedió la gracia de hacer violencia a las almas y ser capaz de operar conversiones extraordinarias, por la calidad o por la cantidad de personas convertidas por él, de manera que abrió un camino sobre cual la Iglesia Católica se desarrolló.

Nuestra Señora fue quien obtuvo ese don para San Pablo, porque él tenía que vencer muchos obstáculos en aquella época de lucha, en que era necesario derrumbar el paganismo.

Nosotros también debemos pedir esa santa violencia para derrumbar a la Revolución que hoy es mucho más poderosa de lo que fue el paganismo en el tiempo del Imperio Romano. Se comprende, por lo tanto, que los Apóstoles de los Últimos Tiempos tengan una violencia como la de San Pablo.

(Extraído de conferencia del
25/01/1965)



San Pablo Apóstol,
Iglesia de San Alfonso,
Windsor, Reino Unido

Sumario

Vol. V - No. 45 Enero de 2022



En la portada, el Dr. Plinio renueva su Consagración a Nuestra Señora en 1974.

Foto: Archivo Revista

Las materias extraídas de exposiciones verbales del Dr. Plinio — designadas como “conferencias” — son adaptadas al lenguaje escrito, sin revisión del autor

Dr. Plinio

Revista Mensual de Cultura Católica

Director:

Roberto Kasuo Takayanagi

Consejo Consultivo:

Antonio Rodrigues Ferreira
Jorge Eduardo G. Koury

Redacción:

Traducida de la edición brasileña y editada en Colombia por PRODENAL con las debidas autorizaciones de la Editora Retornarei Ltda. de San Pablo - Brasil

* * * * *

PRODENAL

Carrera 13 No. 75-20 Apto. 203
Tel (57 1) 312 0585
Bogotá - Colombia
prodenal@gmail.com

Para obtener la versión digital de números anteriores, ir a:
<http://caballerosdelavirgen.org/articulo/revista-dr-plinio>

Plinio Corrêa de Oliveira

San Pablo – Brasil
13/XII/1908 – † 3/X/1995
Pensador y escritor católico

EDITORIAL

4 *Año de luchas*

PIEDAD PLINIANA

5 *“¡Esclavo de Nuestra Señora yo termino, esclavo de Nuestra Señora yo comienzo!”*

DOÑA LUCILIA

6 *El servicio de Dios por encima de todo*

PERSPECTIVA PLINIANA DE LA HISTORIA

8 *La victoria de la confianza - I*

DE MARIA NUNQUAM SATIS

15 *Los odios sapienciales del Inmaculado Corazón de María - II*

SANTORAL

20 *Santos de Enero*

HAGIOGRAFÍA

22 *Dios desea la pompa dentro de la Iglesia*

EL PENSAMIENTO FILOSÓFICO DE DR. PLINIO

29 *Valle de lágrimas en medio de montañas cuyos picos tocan en el Paraíso - I*

LUCES DE LA CIVILIZACIÓN CRISTIANA

32 *Un bello complemento del traje eclesiástico*

ÚLTIMA PÁGINA

36 *Maternidad Divina, esencia de la devoción marial*



Año de luchas

En diversas ocasiones a lo largo de mi vida, he participado en celebraciones de cambio de año. Así, en épocas comunes y tranquilas de la historia, me fue dado notar la banalidad de ese acontecimiento. Me acuerdo de las fiestas de Año Nuevo del período *entre deux guerres*, o sea, entre la Guerra Mundial terminada en 1918 y la que comenzó en 1939: banales, llenas de vulgaridades, bromas y optimismo estúpido.

La manera por la cual el mundo de hoy transpone los umbrales que lo separan de un nuevo año es muy diferente de esos remotos festejos a los que asistí. Retrocediendo en el tiempo y recorriendo el camino trascendido, encontramos que cada apertura de año, aparentemente festiva, es acompañada de una perspectiva más trágica. ¿Cuál es la perspectiva para la que caminamos en este cambio de año?

Podríamos decir que es la transición de la crisis hacia la catástrofe. En general, cuando se habla de crisis de pueblos y civilizaciones, trátase de un proceso lento y complejo que se va acumulando, pero aún no es la catástrofe. Ésta viene cuando la crisis llega a su pleno desenvolvimiento y se dispone a derribar todas las cosas que ella venía minando.

Hay una diferencia, por lo tanto, entre la crisis y la catástrofe, como entre una enfermedad muy grave y la muerte. Las crisis pueden tener niveles de gravedad diversos. Cuando la gravedad es suprema, porque conduce a una meta gravísima y está a un paso de alcanzarla, entonces estamos al borde de la catástrofe.

Al transponer el pórtico de este nuevo año, tenemos la sensación de pasar de la plena convulsión a la catástrofe trágica. ¿Qué tipo de catástrofe? la total evaporación, o el casi completo apagarse de todo aquello que todavía constituye algo de vivo en la Civilización Cristiana de Occidente, debido a la crisis profunda que mina a la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana, y que se propaga a la sociedad temporal.

Por otro lado, nuestra Obra está en pleno florecimiento y se va dilatando por toda la tierra de un modo inesperado ¡Quién podría imaginar que tantos lirios naciesen del lodo, durante la noche y bajo la tempestad! Lo que deja pasmados a los observadores es el hecho de que este lodo parecer ser propicio al florecimiento de lirios tan límpidos.

En efecto, todos los que promovieron el lodo para que en él solo viviesen puercos, quedan absolutamente desconcertados viendo que en ese lodo nacen lirios junto a los cuales los puercos se sienten mal. Lirios de los cuales se podría imaginar, encima, la figura heráldica de un león que muestra las garras y amenaza.

Es posible que este nuevo año sea de combates. Nuestra Señora lo sabe. A los estruendos publicitarios hechos en nuestra contra los evitamos, pero no huimos de ellos. Es lo que todo país, sabedor de sus derechos, hace ante el agresor injusto: procura evitar la agresión por los medios adecuados, más, si es imposible frenar la ofensiva, los injustamente agredidos se defienden en el área de sus fronteras.

Por medio de la Virgen María y de San José, pidamos al Divino Niño Jesús – que en la matanza de los inocentes vio lucir la primera púrpura de los mártires que glorificaba al Redentor que llegaba al mundo – que nos prepare para todo tipo de embates en este nuevo año. Luchas, sobre todo, contra nuestros propios defectos y contra la Revolución, combates terribles que nos esperan y en los cuales debemos tener todo el espíritu de fe, toda la fortaleza necesaria para continuar progresando, avanzando y desconcertando al adversario.

Un consejo contiene a todos los demás: cada vez más devoción a Nuestra Señora. De Ella, yo espero poder ser incansable de anunciar esto. Y si muriese estando en plena lucidez, que mis últimas palabras aún sean de recomendación a mis hijos espirituales para que sean siempre más devotos de la Santísima Virgen. Quien pide y obtiene esto, crece en todos los sentidos, vence en todas las batallas.*

* Cf. Mensaje de Navidad para sus hijos espirituales, 21/12/1983.



DECLARACIÓN: *Conformándonos con los decretos del Sumo Pontífice Urbano VIII, del 13 de marzo de 1625 y del 5 de junio de 1631, declaramos no querer anticipar el juicio de la Santa Iglesia en el empleo de palabras o en la apreciación de los hechos edificantes publicados en esta revista. En nuestra intención, los títulos elogiosos no tienen otro sentido sino el ordinario, y en todo nos sometemos, con filial amor, a las decisiones de la Santa Iglesia.*



La Virgen con el Niño
Catedral de la Asunción de
la Virgen, Castelló, España

“¡Esclavo de Nuestra Señora yo termino, esclavo de Nuestra Señora yo comienzo!”

Cuando tenía unos quince años de edad, fui con mi familia a una fiesta en el Trianon, en la Avenida Paulista, donde la alta sociedad de San Pablo comparecía para festejar el cambio de año.

Mientras yo veía la atracción de todo aquello, percibía también cuánto tenía de mundano, de superficial, de gozo de la vida sin ideal, y me sentía impulsado hacia donde no quería, quedando muy perplejo delante de eso.

De repente, veo entrar a un hombre que hacía el papel de viejo, apoyado sobre un bastón, todo harapiento, y a un joven que venía dándole patadas. Era el año nuevo que entraba expulsando al año viejo.

Yo pensaba: “¡Qué mentalidad es la de ese ambiente! Este año que ahora acaba fue el joven del año pasado y expulsó al anterior a patadas. Dentro de un año vamos a tener horror de ese joven, porque nos causan horror los sufrimientos que la vida trae. ¡Esa gente no se da cuenta de eso!”

Y por el pavor de dejarme llevar por esa mentalidad, mientras los otros entonaban el Himno Nacional y respetuosamente se mantenían de pie, asociándome a ese acto, mi corazón voló más alto y recé a Nuestra Señora. En ese lugar tomé la resolución de nunca dejar de recitar una *Salve Regina* en el cambio de año.

Entretanto, cuando leí el *Tratado de la verdadera devoción*, de San Luis Grignon de Montfort, comprendí que sería muy bonito rezar en el cambio del año la Consagración a Jesucristo por las manos de María, como quien dice: “¡Esclavo de Nuestra Señora yo termino, esclavo de Nuestra Señora yo comienzo!” No abandoné la *Salve Regina*, la rezo antes, y luego viene la Consagración.

(Extraído de conferencia del 29/12/1984)



El servicio de Dios por encima de todo



Doña Lucilia no permitía que su hijo arriesgase la vida por causa de una revolución política cualquiera. Pero prefería morir o verlo muerto si él no tomase las armas en una guerra en defensa de la Santa Iglesia.

Archivo Revista

Jacarezinho, en la década de 1950

Divulgación (CC3.0)



En 1950, el Obispo de Jacarezinho se empeñó en que yo me lanzase como candidato a diputado federal por esa ciudad. Yo estaba llegando de Europa y tenía apenas quince o veinte días para hacer campaña electoral.

Alegría por una candidatura frustrada

Así, pasé repentinamente de París a las carreteras que unían varias ciudades del Norte de Paraná, en aquel

Archivo Nacional (CC3.0)

Divulgación (CC3.0)



Divulgación (CC3.0)



Carreteras de Paraná, en la década de 1950

tiempo las más polvorientas que se pueda imaginar, sin hablar de los sobresaltos e incomodidades de la campaña electoral.

Cuando me despedí de mi madre para ir a Paraná, así como también en el regreso a São Paulo, después de la campaña electoral, ella me trató, como de costumbre, con mucho afecto y cariño, pareciéndome todo normal. No presté mayor atención en sus reacciones, tratándola con la confianza sin límites que yo le tenía, habituado a la idea de que todo lo que ella hiciera era siempre lo mejor posible, estaba perfecto. A propósito, casi puedo decir que solo prestaba atención en ella para admirarla, quererla e imitarla.

Cuando comenzaron a llegar los resultados de los escrutinios se constató que, aunque yo había recibido una buena votación para tan poco tiempo de campaña, no completaba el número suficiente de votos para mi elección.

Al recibir la noticia de que yo no había sido elegido, Doña Lucília, con

la serenidad y el timbre de voz al mismo tiempo grave y dulce que le eran característicos, me dijo:

– ¡Cómo me alegro de tu derrota!

Yo quedé espantado y le dije:

– Pero, mi bien, ¿por qué dice una cosa de esas? ¿No ve que yo podría ser diputado y prestar servicios a la Religión?

– Hijo mío, es verdad. Y si Dios así lo quisiera, yo también lo querría. Pero me alegro de que Él no lo haya querido, porque por lo menos no te vas a Río y te quedas más cerca de mí.

– Pero, ¿no le gustaría tener un hijo elegido una vez más como diputado?

– La vida, hijo mío, no es eso. Por debajo del servicio de Dios, vivir es estar juntos, mirarse y quererse bien.

Ese es un concepto tan anti-moderno, como no conozco ningún otro. Noten que, si yo tuviera que vivir en Tonkín para el servicio de Dios, ella habría concordado enteramente. Por lo tanto, no era una palabra vacía.

Morir por la Religión, sí; pero no por una revolucioncita

Cierta vez hubo una convocatoria de reservistas para una de nuestras revoluciones, y ella quiso que yo me escabullera. Entonces, un tío mío, bromeando con ella, le dijo:

– Entonces, Lucília, el día en que Brasil entre en guerra, ¿no podrá contar con ese soldado?

Ella respondió:

– No, ¡te engañas mucho! Si es para una guerra justa, yo preferiría morir o ver a mi hijo muerto, a constatar que él no tomó las armas, sobre todo en defensa de la Religión. Pero por causa de esa revolucioncita no quiero arriesgar la vida de mi hijo.

Mi tío, que era liberal hasta la raíz de los cabellos, quedó horrorizado con esa impostación de morir por la Religión.



Mons. Geraldo de Proença Sigaud, Obispo de Jacarezinho, en la década de 1950



El Dr. Plinio vestido con el hábito de terciario carmelita, a fines de la década de 1950

Se despidieron, ella cerró la puerta y volvió a entrar en la casa con aquella calma recogida, poblada de sobrenatural. ❖

(Extraído de conferencia del 24/5/1969).



La victoria de la confianza - I

En el siglo XVII, Polonia fue invadida por soldados suecos y noruegos protestantes que avanzaron como un diluvio por todo el país. El rey huyó, la mayoría de los nobles pactó con el enemigo, el clero nada hizo. Apenas un puñado de monjes, algunos nobles y un pequeño número de plebeyos resistieron, comandados por un varón heroico: Fray Agustín Kordecki.

Deseo comentar el cerco de Chestochowa y la resistencia del Monasterio de Jasna Gora durante la guerra entre Suecia y Polonia , en 1655.

Polonia: muralla separando el mare magnum de dos herejías

Hay una cuestión preliminar que hacer notar para comprender la nobleza de la lucha cuya historia vamos a considerar. No se trata simplemente de la resistencia de un monasterio polaco contra la embestida de un ejército sueco, y, por lo tanto, de una mera guerra nacional. Si así fuese, ya sería una cosa digna para la cual valdría la pena que un polaco diese su vida; su patria fue invadida, él tiene deberes con ella, entonces sacrifica su vida, es algo que está bien.

Sin embargo, para esos religiosos del Monasterio de Jasna Gora estaba en

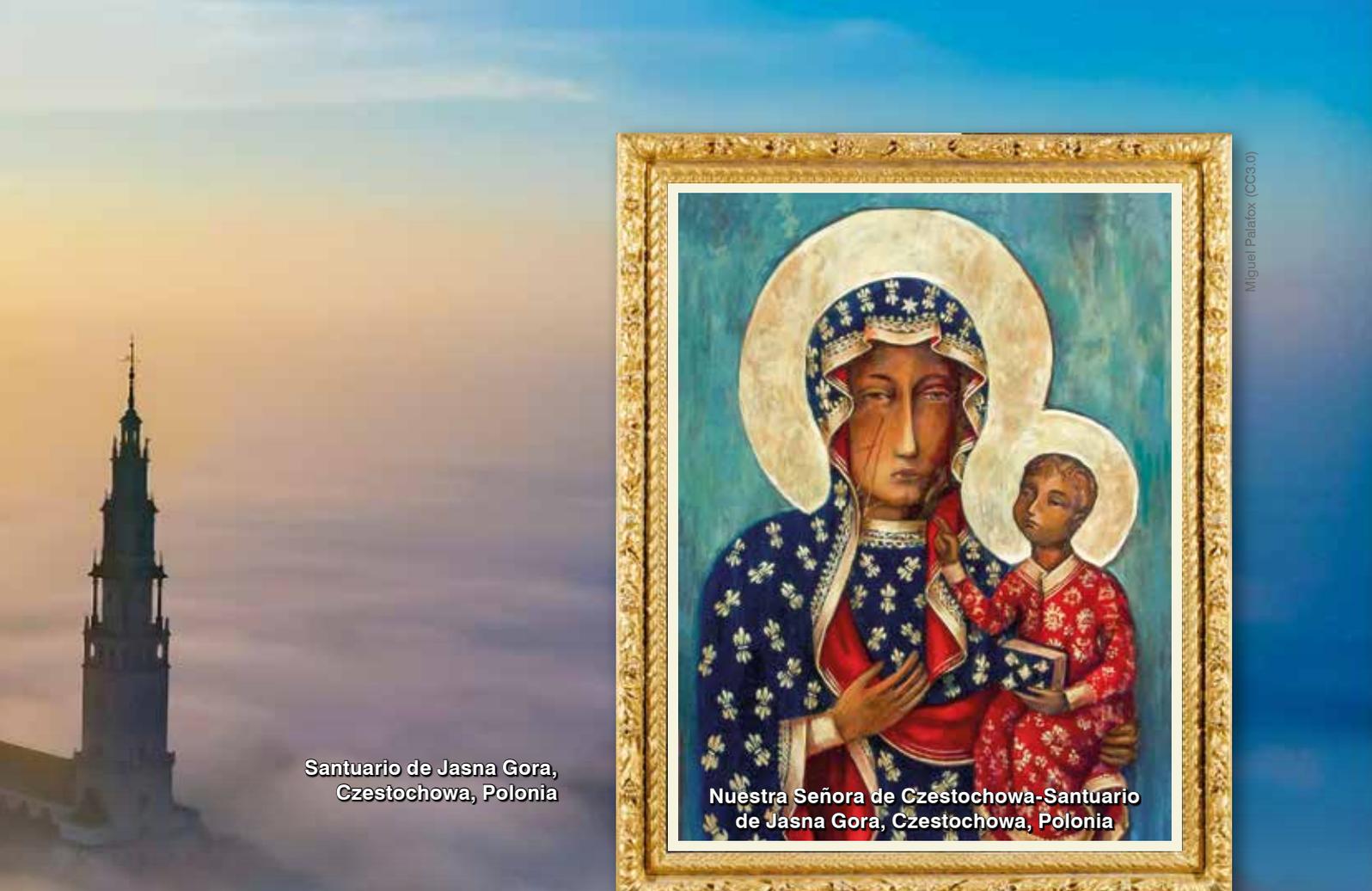
foco una causa mucho más alta, que era la causa de la Religión. Porque, de un lado, Polonia constituyó, en todos los tiempos, una especie de muralla separando el *mare magnum* de dos herejías en Europa: de una lado, el mundo ruso,, que en aquel tiempo ya era cismático; y del otro, el mundo protestante, es decir, Prusia y los Países Bálticos. Constituyendo una potencia en el Báltico, por tener puerto en aquel mar y separar a Rusia de Alemania, Polonia es una *longa manus* de la Iglesia Católica en aquellas tierras de apostasía.

Otro presupuesto a ser considerado es que el rey invasor, Carlos Gustavo de Suecia, fue uno de los mayores generales y tal vez el líder protestante más importante de la época. Suecia y Noruega constituían en aquel tiempo un solo reino. La península escandinava poseía guerreros excelentes. Los soldados sueco-noruegos no tenían quién los superase en valor militar en Europa. Además de ser un gran gene-

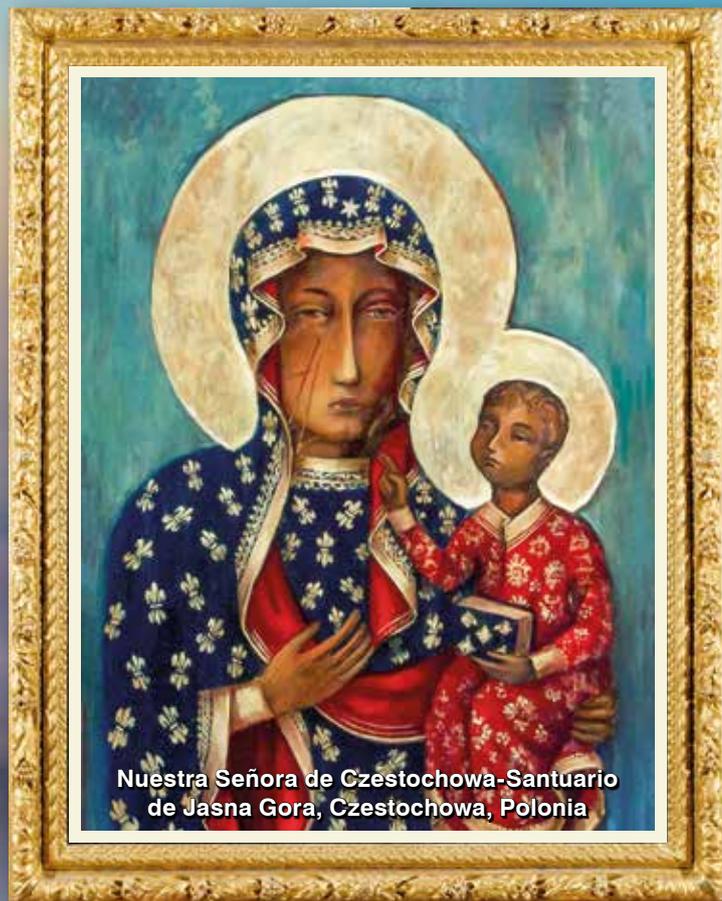
ral, Carlos Gustavo disponía de una muy buena marina, que podía atravesar aquellas distancias entre Suecia y el continente con toda facilidad.

Este rey intervino en la guerra de Religión que se estaba trabando en el continente europeo entre católicos y protestantes, a propósito de la dirección del Sacro Imperio Romano-Alemán. Los protestantes querían quitar a la Casa de Austria de la dirección del Sacro Imperio e imponer un emperador protestante, de manera que todo el mundo alemán se pasase al protestantismo. Carlos Gustavo percibió muy bien que él no conseguiría eso si no tomase cuenta de Polonia, que apoyaba a los príncipes católicos contra los príncipes protestantes.

Polonia era un reino electivo con una constitución política excesivamente descentralizada, en el sentido de que los nobles tenían un poder que transformaba al rey en una especie de figura de proa sin verda-



Santuario de Jasna Gora,
Czestochowa, Polonia



Nuestra Señora de Czestochowa-Santuario
de Jasna Gora, Czestochowa, Polonia

Miguel Palafox (CC3.0)

dero poder militar. Esto debilitaba la nación en las embestidas que sufría. Además, Polonia tenía en ese tiempo un rey débil. Así, los soldados suecos y noruegos avanzaron como un diluvio hacia adentro de Polonia.

Señales del castigo divino

Uno de los pocos puntos que resistieron fue el monasterio localizado en la colina de Jasna Gora, en Czestochowa. Resistió, por lo tanto, en la lucha contra el invasor de la patria y el mayor líder protestante de aquel tiempo, en una guerra eminentemente religiosa en la cual el monasterio funcionó como una fortaleza donde, como veremos, Nuestra Señora hizo una serie de milagros estupendos.

Czestochowa era para Polonia lo que el santuario de Aparecida es para Brasil, pero con mucho más relieve, porque tuvo una participación efectiva en las grandes luchas de aquella nación, mayor de la que

Nuestra Señora Aparecida tuvo aquí.

Ahora bien, Polonia había caído en la tibieza, atrayendo sobre sí el castigo divino que se hizo anunciar por algunas señales.

Cuando Dios Altísimo decidió castigar a los polacos, primero envió, en su bondad, varias señales pre-anunciando la catástrofe que se aproximaba. Así, permitió que el 19 de febrero de 1654, la alta torre del Santuario de Czestochowa fuese alcanzada por un rayo y se consumiese por el fuego.

Entonces, la primera señal de la cólera de Dios fue un rayo que cayó sobre



Carlos X Gustavo de Suecia – Museo Nacional de Bellas Artes, Estocolmo, Suecia

Nationalmuseum (CC3.0)



Divulgação (CC3.0)



Vista aérea del Monasterio de Jasna Gora

el campanario del santuario y lo destruyó. La torre es símbolo de la Iglesia, y ésta el símbolo del país.

En ese mismo año, en 9 de julio, todos vieron un milagro que ocurrió en el Sol, sobre cuya superficie apareció una cruz que se iba transformando en corazón, el cual era traspasado por una espada. A cierta altura del disco solar se veía la mano de una persona sosteniendo una manzana que se dividía en cuatro partes, transformándose después en un azote.

El año siguiente, partía del Norte el azote de Dios contra los polacos: Carlos Gustavo, rey de los suecos.

Los suecos tomaron fácilmente todo el país, casi sin resistencia

Pasando directamente a la narración de la batalla en Czestochowa, vemos las tentativas del enemigo de vencer al monasterio pacíficamente.

Los suecos tomaron fácilmente todo el país, casi sin resistencia. Casi toda la nobleza, parte de la cual era calvinista, aceptó a Carlos Gustavo como protector de Polonia, abandonando al Rey Juan Casimiro a su propia suerte. Después de conquistar Cracovia, en el extremo Sur, enviaron, por

orden del rey sueco, un ejército de tres a cuatro mil hombres para tomar el Santuario-fortaleza de Czestochowa, a unos doscientos kilómetros de allí.

Adelantándose al enemigo, el conde Jan Wejhard Wrzesowicz, a fin de conquistar las buenas gracias del rey de los herejes, exigió de los frailes que entregasen la Fortaleza de Jasna Gora a él, católico, para evitar que ella cayese por vía directa en manos suecas. Si no atendiesen a su exigencia, él amenazaba tomar el santuario por la fuerza. Los monjes, teniendo al frente a su prior, Fray Agustin Kordecki, intentaron cambiar al conde de su vil pretensión y rechazaron su propuesta.

Ese miserable quería que los monjes le entregasen el monasterio-Fortaleza a él, pero en la línea de la táctica “ceder para no perder”, como diciendo: “Entréguenme el monasterio para que yo lo defienda, porque de lo contrario, lo tomo a la fuerza, pues es preciso que alguien lo defienda eficazmente contra el Rey de Suecia”. Sin embargo, era evidente que él no quería eso. Su intención era entregar el monasterio al Rey de Suecia. Entonces Fray Kordecki, con mucho criterio, intentó disuadirlo, pero el conde rechazó la propuesta.

Mientras tanto, algunos nobles, huyendo del avance sueco, buscaban refugio en Jasna Gora. Uno de ellos aconsejó a los religiosos no ceder a sus enemigos y afirmó que los que allí buscaban refugio estaban dispuestos a morir en defensa de la honra del santo lugar, confiados en la protección de Nuestra Señora.

Es muy bonito porque, siendo un monasterio, no poseía tropas propias, y por tanto, no tenía cómo defenderse de la exigencia de aquel conde traidor. Es cuando la Providencia manda el auxilio: son los nobles que venían huyendo de otro lugar y se internan allí, que prometen hacer resistencia.

Noten que sólo después de que el superior Fray Kordecki rechazó la propuesta del Conde Jan Wejhard fue que llegaron los refuerzos. Nuestra Señora quiso antes que se practicase, sin fuerzas, el acto de coraje para que después viniese la fuerza que justificaría el acto de coraje. Es muy del modo de Nuestra Señora tratarnos tantas veces:

– ¡Ve hacia delante! – dice Ella.

Nosotros respondemos:

– Pero, Madre mía, ¡no hay suelo firme aquí!

– ¡Pise!

Nosotros pisamos y... “¡Ah, hay suelo!”



Rey Juan Casimiro – Museo de Cambrai, Francia

Daniel Schütz (CC3.0)

“Antes morir dignamente que vivir en la impiedad”

Continuemos la lectura.

Después del primer rechazo de los monjes ante el binomio “miedo-simpatía”, el Conde Jan Wejhard, no obstante, no desistió de su plan. Ervió un ultimátum al prior exigiendo, sin ambages, que Jasna Gora se rindiese al rey sueco, jurando sumisión y fidelidad al usurpador. Y que los religiosos se comprometiesen a denunciar cualquier sublevación de la que tuviesen noticia en el futuro.

Los monjes respondieron inmediatamente, por medio de su prior: “Antes morir dignamente que vivir en la impiedad”

¡Perfecto! Vean lo que la Providencia quiso de ellos. Ese traidor acabó recibiendo una declaración de guerra en la cara.

Fray Kordecki no dio la siguiente respuesta que sería presuntuosa: “Vengan, que voy a probarles que tengo coraje”. Sino que dijo lo siguiente: “Ud. es más fuerte que yo y me amenaza. Pues bien, yo prefiero morir. Por tanto, voy a resistir. Si Vd. viene, yo lo mato.” Y después, cuando él fue, lo mató verdaderamente. Es la actitud perfecta.

¡Cómo hace bien al alma ver que esta es la conducta de sacerdotes bien orientados! Yo sostengo que uno de los Santos más suaves que hubo en toda la Historia de la Iglesia – San Francisco de Sales – en estas condiciones haría exactamente esto. San Juan Bosco, Santa Teresita, San Francisco de Asís harían lo mismo, porque santidad es esto. Y cuando no es esto, no es santidad, es engaño.

Dicho sea de paso, cuando estuve en la ciudad de Ginebra en 1950, un guía me mostró el muro a partir del cual San Francisco de Sales intentó reconquistar a los protestantes, a mano armada, la ciudad de Ginebra de la cual era Obispo. Era el Santo de la “Filotea”. Muy bueno con los buenos. Mas cuando el sujeto es un impío, ¡el trato es temible! Corresponde al símbolo lindo que San Bernardo dio a los

Templarios: traje blanco y negro. Blanco es el trato con los hijos de la luz, y negro, con los hijos de las tinieblas.

Valdría la pena, si tuviésemos recursos, hacer una película reconstruyendo esa escena. Una atmósfera muy delicada en una iglesia con una imagen de Nuestra Señora, pétalos de flores cayendo, unos rayos de sol entrando oblicuamente por el vitral e incidiendo de lleno sobre un fraile que reza piadosamente. Es Fray Kordecki que comienza a recitar su oración: “¡Madre mía, aplastadlos!”. Se levanta, pasa cerca de una criatura, la agrada, le da un poco de comida, enseguida va a enfrentarse al conde traidor con una mirada de quien discierne los espíritus y dice: “¡No señor, no cederé!”. Después vuelve calmo al claustro, rezando el Rosario. Esto dejaría a la “herejía blanca”² confundida..

Dios parecía haber abandonado...

Como el conde traidor no tenía medios para conquistar Jasna Gora por las armas, atacó algunas propiedades del convento, causándoles daño y se apresuró a ir al encuentro del General Miller, el cual se dislocaba con tropas suecas en las inmediaciones. Tentándolo con los tesoros del santuario, consiguió convencerlo a atacar Jasna Gora enseguida.

El prior, convocando al Consejo del monasterio, comunicó su decisión de no entregar el santo lugar a los herejes, y de resistir con todos los medios disponibles. Su decisión fue unánimemente aprobada.

Vean cómo el conde que antes quiso aproximarse del convento, como



Fray Agustín Kordecki

“aliado”, diciendo los monjes que tomarían cuidado y entregarían a él la fortaleza, cuando vio que los suecos protestantes estaban próximos, no tuvo otro deseo sino de atraerlos para caer encima de los tesoros del monasterio. Es el “quinta columna” siempre fiel a sí mismo: da “buenos consejos”, es amable, es blando, pero cuando llega la hora del peligro traiciona y procura vender. Como no fue atendido y no pudo traicionar, incitó a los enemigos para atacar el convento.

Mientras esto sucedía, el Rey Juan Casimiro se refugiaba en el vecino Principado de Opole, en Silesia, donde trataría de reunir a los que quedaban del ejército de Polonia.



Pero ningún auxilio podía prestar a Jasna Gora. Muchos nobles, por otro lado, satisfechos con las promesas de paz y seguridad hechas por los suecos, comenzaron a volver a sus propiedades. Pero Stanislaw Warazycski, capellán de Cracovia y primer Senador de la Corona, enviaba en ese momento provisiones y doce cañones, como dote suya, para auxiliar en la defensa de Jasna Gora.

Es lo que se nota en todas partes: aquel gusto de la vida comodona y de una cierta paz. Cuando la persona se acostumbra a una vida sin esfuerzo, con facilidad también es crédulo con los enemigos y no quiere ver, incluso cuando otros le advierten, que se trata de una celada. Así, esos nobles polacos, cuando los protestantes trajeron una cierta paz, desde que hubiese cierta tolerancia, inmediatamente volvieron a sus propiedades. Quiere decir, se entregaron totalmente a las fauces del león.

Por otro lado, esos nobles que deberían defender la independencia de Polonia y, sobre todo, la Religión, tenían la obligación de proteger el Monasterio de Czestochowa; no obstante, terminaron abandonando el monasterio a su suerte. Hubo sin embargo un Stanislaw Warazycski, capellán de Cracovia y primer Senador de la Corona, que envió un pequeño refuerzo a Jasna Gora. Fue lo que les dio la Providencia. Y como dijo el superior, los habitantes del monasterio-fortaleza prefirieron resistir hasta con el sacrificio de la propia vida, según aquella famosa frase de Judas Macabeo: “¡Es preferible morir en el combate a ver nuestro pueblo perseguido, y profanado nuestro santuario!” (2 Mac 3, 59).

Parece un trecho desolador de la historia, porque se hace el vacío en torno de Czestochowa: el rey huye, la mayor parte de los nobles adhiere a los invasores, apenas un noble de categoría envía un refuerzo pequeño, y está creada para Czestochowa una situación aparentemente sin salida. La impresión principal era que Dios los había abandonado. En realidad, Él estaba preparando la gran gloria de la manifestación de Nuestra Señora en Czestochowa.

Precisamente, cuando Dios permite que aquellos que quieren luchar por Él se sientan enteramente abandonados, en realidad Él no los abandona. Por el contrario, les promete implícitamente una alianza especial. Los lleva al combate y da a entender que los ayudará, pero los medios humanos son pequeños. Parece una catástrofe general. Sin embargo, Dios quiere mostrar con eso que es Él quien salvará la situación.

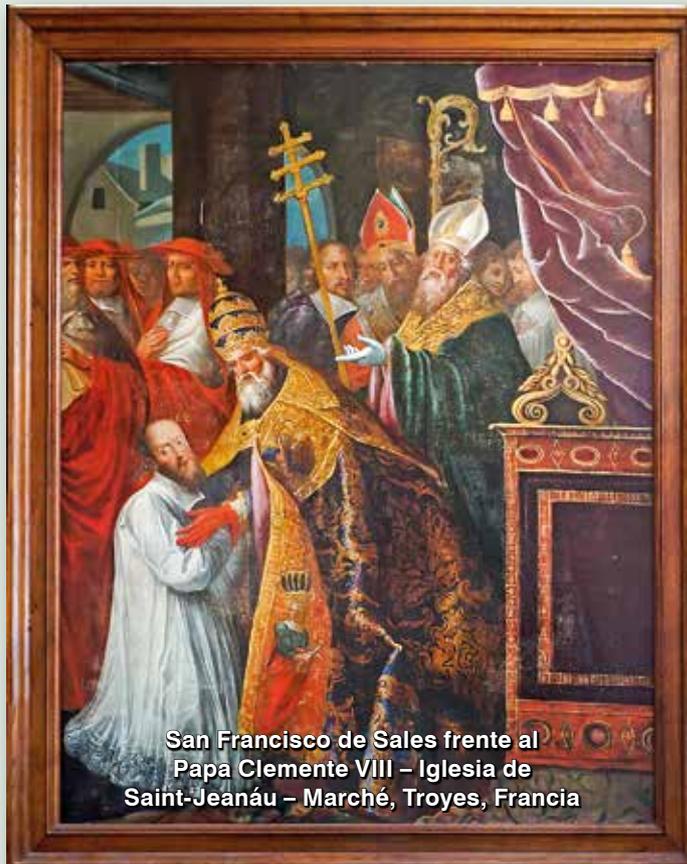
La hora de la soledad era el inicio de la gloria

Al mismo tiempo, Dios prepara para sus defensores una gloria especial. Porque la gran gloria de Czestochowa es ésta: en cuanto el rey huye, los nobles, que son la clase militar por excelencia, abandonan la posición de fidelidad hacia el reino. Casi todos pactan con el enemigo. El clero tampoco hace cosa alguna – lo que el autor de la narración prudentemente omite, pero se ve, por los silencios, lo que sucedió. Czestochowa, con un puñado de monjes, algunos nobles y un pequeño número de plebeyos, queda sola en la resistencia. La gloria consistió en quedar abandonada. Exactamente la victoria después quedará luminosa porque sólo ellos resistieron. Aquella hora de soledad será el inicio de su gloria.

Así también cuando, a veces, en nuestra historia vemos que quedamos

enteramente solos, no debemos asustarnos. Pensemos que precisamente esa soledad va a manifestar la gloria de Nuestra Señora que vencerá en nuestra debilidad. De otro lado – consideración menor, pero que para las horas de decaída puede tener su valor psicológico, por lo menos – debemos recordar que quien reacciona y lucha a partir de casi nada, cuando llega al auge tiene una gloria mucho mayor.

Llegan informaciones de que el General Miller, con un ejército de tres a cuatro mil hombres y diecinueve cañones de grueso calibre, más algunos bandos de apoyo del Conde de Szesczawic, de Waclaw Sadowski y del Príncipe de Saxonía, parte de Wielun



San Francisco de Sales frente al Papa Clemente VIII – Iglesia de Saint-Jeanáú – Marché, Troyes, Francia

en dirección a Czestokowa, donde debería llegar el día 18. Entonces, no faltaron consejos prudentes al padre prior: Así, el prior del convento de Wielun, considerando la desproporción de las fuerzas militares, aconsejaba a Fray Kordecki no ofrecer resistencia, ahorrando así a Jasna Gora de daños materiales. Eso tuvo su influencia en los defensores de carácter más débil.

Esos que sitian son protestantes, pero vienen con una invitación de fuera de un sacerdote a otro sacerdote, de un superior de convento a otro, incitando también a entregarse. Y siempre con la misma argumentación: “¡Salven de daños materiales a este convento tan famoso, histórico, artístico! Padre prior, si ese convento fuese destruido, más que a las balas protestantes, deberá su destrucción a Ud. Porque si Ud. no hubiese resistido, los protestantes no lo hubieran destruido. En la historia gloriosa de los superiores, sus antecesores, que tanto construyeron, vea qué papel Ud. va a hacer. Ud. va a ser, en la crónica de ese convento, Fray Kordecki, el destructor. Piense, rece, medite delante de Dios antes de tomar la resolución de exponer a Jasna Gora, tesoro de Polonia, a las bombas de los suecos.” Y el demonio sustruyendo a la conciencia: “Es así, es imprudencia. Ya le dije...”, etc.

Ahora, el mal consejo hace el papel de una saeta incendiada lanzada dentro del convento.

Fray Kordecki no contaba sólo con los recursos materiales. Animaba a todos a ofrecer la vida en defensa de la honra del santo lugar y a depositar toda la confianza en la Virgen Santísima, que en tan extrema necesidad no les faltaría con su auxilio. Pide a todos que asistan a la Misa que rezará delante del altar de la imagen de Nues-



Stanislaw Warazycki

tra Señora de Czestochowa. Ordena que se lleve el Santísimo Sacramento en procesión por los muros y bastiones. Bendice los cañones uno por uno, los proyectiles de plomo, los de hierro y los barriles de pólvora.

El fuego de la lucha y del combate es inherente a la virtud de la fortaleza

Admito perfectamente la posibilidad de que Fray Kordecki vaya a ser canonizado. En el proceso de canonización, la Iglesia examina todos los pasos de la vida del candidato a la honra de los altares. Por tanto, para canonizarlo la Iglesia llegaría a la conclusión de que en el acto arriba narrado él manifestó las virtudes teologales – fe, esperanza y caridad – y cardinales – prudencia, justicia, tem-

planza y fortaleza – en grado heroico.

Pues bien, tal es la deformación producida por la “herejía blanca” en la devoción a lo largo de la Historia que, hoy en día, no habría una iglesia construida en alabanza a él, en la cual se pudiese ver representada la bendición de la pólvora y de los cañones, con los soldados suyos armados y él bendiciendo solemnemente avistando ya a las tropas protestantes llegando a lo lejos para el combate.

Probablemente encontrarían en su biografía la afirmación de que, antes o después de ese episodio del cerco de Jasna Gora, Fray Kordecki dio aulas de Catecismo. Entonces quedaría “San Agustín Kordecki, patrono de los profesores de Catecismo”, representado sonriente, junto a un niño.

Es la deformación metódica de los Santos realizada por la “herejía blanca” que vuelve exactamente necesaria la lectura de biografías como ésta. Para

mostrar bien que ese fuego de la lucha y del combate es inherente a la virtud cardinal de la fortaleza, sin la cual nadie es canonizado; y contra la cual si una persona pecara, o va al Purgatorio – si el pecado fuere leve –, o para el Infierno, si el pecado fuere grave. Está acabado.

Entretanto, los suecos llegan a los pies de Jasna Gora. Son las dos de la tarde. El General Miller envía, un delegado con una proposición de paz por escrito, proponiendo la capitulación pacífica de Jasna Gora para evitar un inútil derramamiento de sangre. También el adversario declarado se finge clemente.

Las tropas enemigas tomaban ya posición para el asedio y estudiaban la colocación de los cañones de la fortaleza.

“No nos pareció conveniente responder por escrito a esa carta – registra Fay Kordecki. Ya no era hora de escribir, mas



January Suchodolski (CC3.0)



Defensa de Jasna Gora, 1655

de actuar por las armas. Les respondimos por las bocas de los cañones.”

La respuesta fue tan convincente que, al anochecer, Miller tuvo que pedir una tregua, y aprovechó para asegurar a los frailes que ningún mal pretendía hacer al santuario.

Como las tropas suecas hubiesen ocupado depósitos de trigo perteneciente al convento y localizado fuera de los muros, sus defensores los bombardearon por la noche con proyectiles incendiarios a fin de que no sirviesen de provisión al enemigo.

Al día siguiente, Miller ocultó su artillería en la vecina aldea de Czestochowa y desde ahí bombardeó Jasna Gora.

Cuando los religiosos se dieron cuenta, consideraron que la destrucción de la aldea nada significaría en comparación con la defensa del santuario de Nuestra Señora; y moviendo su artillería en esa dirección, incendiaron las casas de tejados de heno. Sorprendidos, muchos suecos salieron a campo abierto y fueron alcanzados por los defensores del monasterio.

La boca de los cañones habló, no tengo nada que decir. El comentario está hecho de por sí. Vemos bien la ofensiva tomada por ese hombre.

El comandante de los herejes envía nuevo mensaje pidiendo la capi-

tulación, pues Carlos Gustavo le ordena tomar la Fortaleza de Czestochowa. Era de noche y como al día siguiente era domingo y fiesta de Nuestra Señora se celebraron varias ceremonias, entre las cuales una procesión con el Santísimo Sacramento en el interior de los muros. Así los suecos tuvieron que aguardar hasta el mediodía por la respuesta que, al final, fue negativa.

¡Es una altanería extraordinaria!

Los suecos que esperen. Nosotros estamos ahora adorando al Santísimo Sacramento durante una fiesta de Nuestra Señora, y no vamos a dar atención a protestantes. Más tarde responderemos. ❖

(Continúa en el próximo número)

(Extraído de conferencias del 26 y 30/6/2972)

- 1) Carlos X Gustavo (*1622-+1660), de la casa del Palatinado-Zweibrücken. Reinó de 1654 a 1660.
- 2) Expresión metafórica creada por el Dr. Plinio para designar la mentalidad sentimental que se manifiesta en la piedad, en el arte y en la cultura en general. Las personas por ella afectadas se vuelven flojos, mediocres, poco propensas a la fortaleza, así como a todo lo que signifique esplendor.
- 3) Término surgido durante la guerra civil española (1936-1939) para referirse a los habitantes de Madrid simpaticizantes del General Franco, los cuales, dentro de la ciudad, trabajaban a favor del ejército enemigo. Por extensión, la expresión es utilizada para designar a quien ejerce una acción subversiva o traicionera dentro de un grupo, haciéndose de amigo para favorecer al adversario.



Uno de los cañones del Monasterio de Jasna Gora

Darekm135 (CC3.0)



Los odios sapienciales del Inmaculado Corazón de María - II

Nuestra Señora devota a su divino Hijo el amor más incondicional e irrestricto. Por lo tanto, durante la Pasión, mientras que el poder de las tinieblas obligaba a Jesús a beber el cáliz de todas las humillaciones, la inmunidad de la Virgen pisaba gloriosamente la cabeza del demonio haciéndolo rechinar en humillación en el momento en que él triunfaba de odio. En medio de un mar de dolor, la Santísima Virgen tuvo la alegría de decir: “¡Oh infame, mi Hijo te está demostrando en mí que no eres nada! ¡Mi caminar a su lado es el camino de su gloria! ¡Yo voy hasta el Calvario aplastándote!”

A lo largo de su vida el amor y odio de Nuestra Señora fueron creciendo. En un momento dado, llegó la Pasión de su Divino Hijo. ¡Su encuentro con Nuestro Señor en la Vía Dolorosa es el más patético de la Historia!

Encuentros que marcan la vida

Un encuentro es siempre un hecho interesante en la vida de todo hombre. Cuando una persona encuentra a alguien que va a marcar su vida para bien o para mal, ese episodio se reviste de una especie de so-

Santísimo Cristo de las Misericordias,
Parroquia Santa Cruz,
Sevilla, España





lemnidad casi protocolar y ceremoniosa. Aunque las apariencias no sean así, y ambos se encuentren en un autobús o en un metro, ese momento tiene una solemnidad especial en el libro de la vida.

Por ejemplo, podemos imaginar a Nuestra Señora con Nuestro Señor camino al Calvario, ¡que encuentro! ¡El más alto de la Historia!

En el día de Navidad se dio el primer e inefable encuentro. Otro fue en el Templo. ¡Qué lágrimas y alegría! Al comenzar la vida pública de Jesús, Él estuvo viajando continuamente y ciertamente se encontró con Ella varias veces. Cada vez, el amor entre los dos era mayor. Por lo tanto, cada encuentro implicaba un elemento de sorpresa: “Pero ¡cómo mi Madre está maravillosa!”

Estos encuentros, con los matices que iban tomando, siempre fueron magníficos. Desde el primero en el que Ella lo vio como el Unigénito de Dios, pero Primogénito en relación con toda la humanidad, sobre quien pendían todas las gracias, honras, todo el poder de la primogenitura; hasta el momento en que salió de sus brazos para la vida pública, teniendo la fuerza y la madurez del hombre, pero conservando el frescor de la juventud, y que comenzaría a desplegar sus gracias, sus atracciones, sus perfecciones para el mundo entero.

No retrocede en las grandes decisiones de la vida

Después de la última despedida, Ella que lo acompaña hasta la puer-

ta de la casa y Él sigue su camino con paso decidido, volviéndose o no hacia atrás para verla; imaginen cómo quierán, porque ahí la lógica no expresa nada, es el sentimiento que habla. Sin embargo, en lo más profundo de mi alma me hubiera gustado más que no se haya vuelto. Nuestro Señor era impecable y perfecto, ni siquiera podía tener una imperfección, y me parece que para nosotros sería mayor ejemplo si Él no se volviera ni siquiera hacia Ella, porque el hombre no se vuelve atrás en las grandes decisiones que ha tomado en su vida.

La mujer de Lot se convirtió en sal; los judíos que tuvieron nostalgias de las cebollas de Egipto son de la familia de almas de aquellos que retroceden. Sin embargo, un hijo de Nuestra Señora nunca retrocede; ¡siempre avanza! Aunque dejando atrás la intimidad de treinta años con la Santísima Virgen, Jesús sabe que, continuando hacia la realización de los designios de Dios, la encontrará esperándolo. ¡Entonces, para verla, lo mejor es mirar hacia adelante!

Alegrías y tristezas durante la vida pública de Nuestro Señor

En los encuentros que tuvo durante el primer año de la vida pública de Nuestro Señor, María Santísima veía cómo florecía su apostolado, su atracción, el encanto que irradiaba su Persona, y notaba que reunía a su alrededor discípulos en el esplendor del primer fervor, y los amaba, previendo ya todo el bien que harían en el futuro al mundo entero que irían a evangelizar. Podemos imaginar las alegrías de Ella y de Él.

Ya en el segundo año, una sombra de tristeza se difunde sobre el espíritu de Él. En medio de aquella fuerza, lozanía y varonilidad algo comienza a ser herido, a sangrar. Son las intrigas que comienzan, las almas que lo rechazan y le hacen sufrir. Las aprensio-

Gabriel K.



Última Cena - Museo de San Marcos, Florencia, Italia



Cristo Agonizante - Capilla de la Hermandad de Monte-Sion, Sevilla, España

Gabriel K.

nes por el mañana añaden un *lumen* de color profundo, el de la preocupación, la tristeza y el dolor, a la clara y espléndida luminosidad de la inocencia, añadiendo un *lumen* al otro.

Ella se da cuenta de que Él ha cambiado y piensa: “¡La Cruz comenzó! En algún lugar del mundo pueden estar ya talando el árbol entre todos bendito, pero causa de dolor, en el que Él será crucificado. Los hombres que lo van a crucificar ya están comenzando a fermentar su cólera. Los rechazos que sufre ya están empezando a acumular el número de sus enemigos. ¡El próximo año, cuando lo vea, estará muy cerca de la Cruz!”

En cierto momento, Ella lo encuentra el Jueves Santo. Sin duda, la primera persona a la que, transubstanciado el pan y el vino, Él dará la Comunión será su Santísima Madre. Se puede decir que su intención principal en ese día sería comunicarse con Ella de esta manera.

Ella sabe que la misa es como una anticipación del sacrificio que Él ofrecerá. Ella comulga y, como en el tiempo feliz de la Encarnación, Jesús comienza a habitar en Ella con su Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad,

pero ya con todas las perfecciones de su existencia terrenal.

Por odio al mal Ella acepta todos los sufrimientos de su Divino Hijo.

Ella se entera de que la Pasión ya comenzó y puede, finalmente, encontrarlo cargando la Cruz en la Vía Dolorosa. Es el amor más incondicional y absoluto, entre madre e hijo, que haya habido en la tierra. Ella es la perfección en el papel de madre que encuentra la perfección en el papel de hijo; más allá de todo lo sobrenatural añade a estas disposiciones dos naturalezas incontaminadas por el pecado original, por lo tanto, perfectísimas.

Consideremos lo patético de este encuentro y lo mucho que sufrió Ella al contemplarlo en ese estado, así como el sufrimiento de Él al verla sufrir así. ¿Qué palabras habrán intercambiado en ese momento? Palabras de amor, es claro; sin embargo, añadido sin dudarlo: palabras de odio también. Porque las cosas llegaron a ese estado porque Él quería sufrir aquello por odio al pecado y al demonio, para evitar que mu-

chos hombres se perdieran, y para abrir las puertas del Cielo, aunque muchos no cruzaran su umbral. Por odio al mal, por lo tanto, se dijeron:

— ¡Vale la pena, madre mía!

— Sí, Hijo mío, continuemos nuestra obra de destrucción. Destruyamos la destrucción y matemos la muerte. ¡Vale la pena!

Tal vez tuvieron conocimiento, en un instante, de todos los pecados que serían cometidos hasta el fin del mundo, y en ese momento odiaron todos los pecados. Así también supieron de todos los pecados que iban a evitar a través de ese sacrificio, y amaron todos los actos de virtud practicados como resultado de ese sacrificio; y hayan querido exactamente esto: que el mal salga pisoteado, derrotado, y Dios Nuestro Señor termine glorioso y victorioso.

En la Pasión Nuestro Señor manifiesta el odio eterno que se estableció entre la Virgen y el demonio

Podemos imaginar la siguiente escena: El demonio – que estaba exci-



tando el odio de los judíos, promoviendo la indolencia oportunista e infame de Pilatos, e infundiendo pánico en todos los discípulos de Nuestro Señor, que huyeron a todas partes – viendo a Jesús en la Vía Dolorosa de repente se da cuenta que Nuestra Señora se acerca. Quisiera ultrajarla, lanzar el populacho contra Ella, para denigrarla con todo el odio que tenía contra Ella. Pero también hubo un acto de odio de Nuestro Señor hacia el diablo:

— Te lo prohíbo. ¡A Ella nada!

Y el demonio, aullando, debió responder con un rechinar de dientes:

— Pero ¿cómo me prohíbes atacar a una vil criatura humana como Ella, cuando permites que te ataque a ti? ¡¿Así que tu amor caprichoso y

gratuito por esta criatura va tan lejos como para permitir que hasta mi ultraje te alcance, pero que pase junto a Ella sin tocarla?! ¡¿Yo, el serafín, que brilló ante vuestra presencia y os encanté en el primer momento en que me creaste, estoy en este estado de miseria y degradación y una vez más tengo que inclinar la cabeza ante esta criatura humana elevada encima de mí?! Me es dado el poder de ultrajaros y, en poco tiempo, de mataros, pero no se me permite alcanzar a esta criatura infinitamente inferior a Vos. ¡¿Por qué, una vez más, colocáis así esta frágil criatura por encima de mí?!

Y según puede imaginar la limitación de nuestras mentes, Dios Nuestro Señor Jesucristo habría actuado de una manera perfecta si a esta inyectiva sólo hubiera dado esta respuesta:

— ¡Eternamente!

Significa: “No te doy explicación. ¡Es así, y lo será para siempre!”

Durante el resto de la Pasión, Nuestra Señora sabía que mientras el demonio obligaba a su Hijo a beber la copa de todas las humillaciones, su inmunidad le aplastaba gloriosamente la cabeza, haciéndolo rechinar de humillación en el momento en que triunfaba su odio. Ella quería esto. Y en medio del mar de dolor al ver lo que le sucedía a su Hijo, la Santísima Virgen tenía la alegría de decir: “¡Oh infame, mi Hijo en mí te demuestra que no eres nada! ¡Mi camino a su lado es el camino de su gloria! ¡Voy hasta el Calvario aplastándote!”

La gloria y la victoria de Dios pasan a través de Nuestra Señora

Ana Catalina Emmerich nos cuenta que cuando Nuestro Señor estaba siendo crucificado, el demonio quería derribar de frente la Cruz, para que la Santa Faz de Jesús se re-

ventara en el piso. Pero, no era designio de Dios que la Pasión fuera indecorosa. Humillante sí; dolorosa, sin medida. Sin embargo, en nada ridícula o grotesca. El Rostro Sagrado con rigidez cadavérica, sí. ¡Destrozado blasfemamente, no!

El mismo Redentor podría haberle dicho: “¡No!” Sin embargo, según la narración de Ana Catalina Emmerich, quien dijo “no” fue Nuestra Señora, cuando discernió que esta era la intención del diablo. Por lo tanto, fue por una prohibición a través de Ella, que se dio para su mayor humillación. Él es eterna y completamente infeliz, de tal forma que es imposible imaginar un atenuante en su infelicidad, pero se podría decir que sería menos infeliz si la prohibición hubiera venido de Nuestro Señor, y no de aquella criatura ante la cual no se quiso doblegar, y que lo inmovilizó simplemente con una mirada!

Por supuesto, Nuestra Señora notó que la gloria y la victoria de Dios, de la cual era mediadora, pasaban a través de Ella. Y al triunfador del engaño, de niñería, infame, delirante y efímero, en el auge de su victoria, le llegó esta pincelada de humillación: “¡Matas al Hombre, pero eres encarcelado por una mirada de la mujer frágil, la nueva Eva!”

Imaginen con qué odio Ella diría ese “¡No!” ¿Podría ser sin odio? ¡¿Qué tendría Ella con relación al diablo, lástima?! ¡Sólo el odio es concebible! Sería blasfemo concebir un sentimiento distinto al odio en este rechazo.

Los tormentos continúan, sus dolores alcanzan su punto máximo, en los estremecimientos de la agonía se opera una como que ruptura interna en Él, una especie de pérdida de contacto entre la divinidad y la humanidad, por la cual su naturaleza humana se siente como que abandonada por la divinidad, para que sufriera todo cuanto pudiera sufrir. A



Gabriel K.

tal punto que tuvo esa exclamación que marcó todos los siglos: “*¡Eli, Eli, lamá sabactâni?!**”

— “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me abandonaste?” (Mt 27, 46). Poco después inclinó la cabeza y murió.

“¡Venga a la Tierra tu odio!”

Todo esto sucedió porque Dios quería, pero Él pidió el consentimiento de la Virgen para que el Hijo fuera ofrecido como víctima. Nuestra Señora consintió, para que su Hijo matara la muerte y el pecado, y la obra de satanás quedara aplastada.

Tengo la impresión de que durante el tiempo que corrió entre ese grito y el “*consummatum est*” (Jn 19, 30), Ella repitió, tal vez ininterrumpidamente, este acto de ofrecimiento: “Dios mío y Señor mío, quiero que así sea. ¡Renuevo mi ofrenda, pero no quiero desfallecer en el camino! ¡Voy a su muerte, yo lo ofrezco!”

Y cuando Él dijo “*consummatum est*”, Ella habrá visto su alma, como describe Ana Catalina Emmerich, pasando a lo largo de la Cruz y por la tierra hasta el Limbo y comenzar inmediatamente la destrucción efectiva del demonio. Entra en el Limbo para alegría de todos los justos. ¡Hubo la victoria y comenzó la liberación!

Nuestra Señora es Corredentora del género humano. Sus dolores, inapreciablemente valiosos, se sumaron a los sufrimientos infinitamente preciosos de Nuestro Señor Jesucristo para tener como resultado la Redención de la humanidad. Está hecha la redención, también la vida de Ella está hecha y nos acompaña desde el Cielo. Su odio está a punto de desatarse sobre el mundo pecador e impenitente. Esperemos y pidamos. Podríamos decir: “¡Venga a la Tierra tu odio!” ❖

(Extraído de conferencia del 5/7/1980)



La Crucifixión - Iglesia de San Miguel, Valladolid, España

SANTORAL

Flávio Lourenço



San Erardo

1. Solemnidad de Santa María, Madre de Dios.

San Segismundo Gorazdowski, presbítero († 1920). Animado por su gran amor al prójimo, este sacerdote polaco fundó en Lviv, Ucrania, el Instituto de las Hermanas de San José.

2. Solemnidad de la Epifanía del Señor.

Santos Basilio Magno († 379) y **Gregorio Nacianceno** († c 388), obispos y doctores de la Iglesia. *Ver página 22.*

Beata María Ana Soureau-Blondin, virgen († 1890). Fundadora de la Congregación de las Hermanas de Santa Ana, en Quebec, Canadá, para la educación de los hijos de los campesinos.

3. Santísimo Nombre de Jesús.
Santa Genoveva, virgen († c.500)

4. Santa Faraildis, viuda († c 745). Obligada a contraer matrimonio con un hombre violento, abrazó hasta su vejez una vida de oración y austeridad, en Bruay-sur-l'Escaut, Francia.

5. Santa Emiliana, virgen (†S. VI). Tía paterna de San Gregorio Magno, fallecida en Roma.

6. San Juan de Ribera, obispo (†1611). Fue por más de cuarenta años Arzobispo de Valencia, y por dos años Virrey. Devoto de la Santísima Eucaristía y defensor de la verdad católica, educó al pueblo con sólidas enseñanzas.

7. San Raimundo de Peñafort, presbítero († 1275).

San Luciano, presbítero y mártir († 312). Famoso por su doctrina y elocuencia, fue conducido delante del tribunal en Nicomedia, Turquía, durante la persecución de Maximino Daia. A los interrogatorios y torturas respondió intrépidamente, confesando ser cristiano.

8. San Erardo, obispo († 707). Natural de Escocia, propagó el Evangelio en Ratisbona, Alemania, donde ejerció su ministerio episcopal.

9. El Bautismo del Señor.

Beato Antonio Fatati, obispo († 1484). Gobernó la diócesis de Téramo, Italia y después la de Ancona, siendo severo consigo mismo y bondadoso con los pobres.

10. Beata Ana de los Ángeles Monteagudo, virgen († 1686). Religiosa dominica en Arequipa, Perú, que con el don de consejo y de profecía promovió el bien de toda la ciudad.

11. Beata Ana María Janer Anglarill, virgen († 1885). Fundadora del Instituto de las Hermanas de la Sagrada Familia de Urgel. Falleció en Talarn, España.

12. San Benito Biscop, abad († c. 690). De sus peregrinaciones en Roma llevó hacia Inglaterra maestros y muchos li-

bros. Fundó los monasterios benedictinos de Monkwearmouth y Jarrow, dedicados a San Pedro y San Pablo.

13. San Hilario de Poitiers, obispo y Doctor de la Iglesia († 367).

San Remigio, obispo (†c. 530). Durante más de sesenta años fue obispo de Reims, Francia. Bautizó a Clovis y convirtió al pueblo franco al Catolicismo.

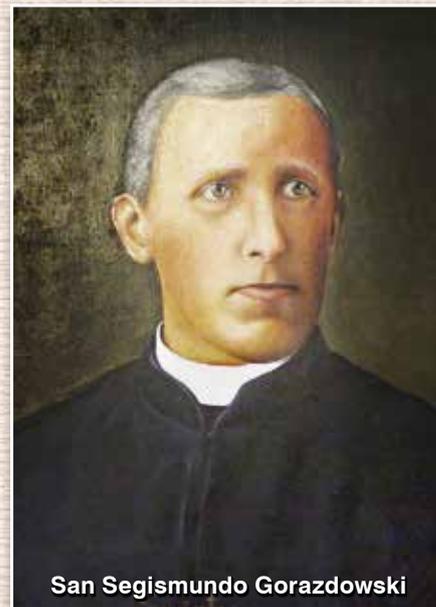
14. Beato Lázaro Pillai, padre de familia y mártir († 1752). Durante la persecución contra los cristianos en el reino de Travancor, fue asesinado en Aral Kurusady, India, por haberse convertido a la Fe Católica.

15. San Juan Calibita, asceta (†S. V). Según la tradición, abandonó la casa paterna, siendo aún joven, y fue a vivir en una choza, en Constantinopla, Turquía, dedicándose a la contemplación y la penitencia.

16. Domingo II del Tiempo Ordinario

San Marcelo I, papa († 309). San Dámaso lo define como el verdadero pastor, hostilizado por apóstatas que rehusaron aceptar las penitencias que les fueron impuestas. Murió en el exilio.

17. San Antonio, abad († 356).



San Segismundo Gorazdowski

Lowdown (CC3.0)



San Juan de Ribera

San Sulpicio, el Píadoso, obispo († 647). Promovido de la Corte del Rey al episcopado en Bourges, Francia, tuvo como mayor preocupación el cuidado de los pobres.

18. Beato Andrés de Peschiera Grego, presbítero († 1485). Religioso dominico que recorrió a pie durante mucho tiempo, toda la región de los Alpes italianos, viviendo junto a los pobres y predicando la doctrina católica.

19. San Basiano, obispo († 409) Luchó junto con San Ambrosio de Milán para defender su pueblo de la herejía arriana, aún viva en la diócesis de Lodi, Italia.

20. San Fabiano, Papa y mártir († 250).

San Sebastián, mártir († S. IV).

21. Santa Inés, virgen y mártir († S. III/IV).

San Epifanio, obispo († 496). Durante la invasión de los bárbaros, trabajó por la reconciliación de los pueblos, por la redención de los cautivos y por la reconstrucción de la ciudad de Pavía, Italia.

22. San Vicente, diácono y mártir († 304).

Santos Francisco Gil de Frederich y Mateo Alonso de Leziniana, presbíte-

ros y mártires († 1745). Sacerdotes dominicos muertos a filo de espada, en Tonkin, Vietnam, después de un periodo de cárcel, por predicar el Evangelio.

23. Domingo III del Tiempo Ordinario

Santos Clemente, obispo y **Agatángelo**, mártires († S. IV). Muertos en Ancara, Turquía, durante la persecución de Diocleciano.

24. San Francisco de Sales, obispo y Doctor de la Iglesia († 1622).

Beatos Vicente Lewoniuk y doce compañeros, mártires († 1874). Laicos de Pratulín, Polonia, fusilados por las tropas del zar de Rusia, por rehusar a separarse de la Iglesia Católica.

25. Conversión de San Pablo, Apóstol. *Ver página 2.*

Beato Antonio Swiadek, presbítero y mártir († 1945). Por defender la Fe delante de los secuaces de doctrinas hostiles a toda dignidad humana y cristiana, alcanzó la corona de gloria en el campo de concentración de Dachau, Alemania.

26. San Timoteo y San Tito, obispos († c. 97).

Beato Gabriel María Allegra, presbítero († 1976). Franciscano, insigne estudioso y predicador del Evangelio, tradujo la versión de la Biblia para lengua china. Murió en Hong Kong.

27. Santa Ángela Mérici, virgen († 1540).

Beata Rosalía du Verdier de la Soriniere, virgen y mártir († 1794). Religiosa del monasterio benedictino de la Congregación del Calvario, gillotada en Angers durante la Revolución Francesa.

28. Santo Tomás de Aquino, presbítero y doctor de la Iglesia († 1274).

Beato Julián Maunoir, presbítero († 1683). Jesuita que durante cuarenta y dos años se dedicó a las misiones

populares, tanto en las aldeas como en las ciudades de Bretaña, Francia.

29. San Afraates, ermitaño († c. 378). Nació cerca de Nínive, actualmente Irak, se convirtió al cristianismo y pasó a vivir como anacoreta en Edesa, Siria.

30. Domingo IV del Tiempo Ordinario.

San Muciano María Wiaux, religioso († 1917). De la congregación de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, consagró toda su vida a trabajar en la educación de jóvenes, en Namur, Bélgica.

31. San Juan Bosco, presbítero († 1888).

Beata Candelaria de San José, virgen († 1940). Fundó en Altigracia de Orituco, Venezuela, la Congregación de las Hermanas Carmelitas de la Madre Candelaria.



San Remigio

Dios desea la pompa dentro de la Iglesia

Leyendo las narraciones de la *Légende Dorée* sobre San Basilio Magno, sentimos una sensación de distensión. Nuestros ojos, exhaustos de presenciar las monstruosidades de este siglo, se fijan en aquellos hechos medio encantados y maravillados, y una especie de himno de admiración comienza a surgir en nuestro interior.

Procesión en la Catedral de Sevilla – Fundación Banco Santander, Madrid, España

A propósito de la fiesta de San Basilio Magno, Obispo y Doctor de la Iglesia, tenemos para comentar los datos sacados de la *Légende Dorée*, de Jacques de Voragine¹.

Columna de fuego que tocaba el cielo

A través de una visión, el ermitaño llamado Efrén conoció el grado de santidad que Basilio había alcanzado. En éxtasis, Efrén vio una columna de fuego que salía desde la cabeza del Santo y tocaba el cielo, y escuchó una voz viniendo de lo alto que decía: “El gran Basilio es como esta enorme columna que tú ves”. Luego fue a la ciudad el día de Epifanía para conocer a tan notable personaje. Al verlo vistiendo una estola blanca y caminando majestuosamente con sus clérigos, se dijo a sí mismo: “Tuve trabajo en vano al venir... pues ese hombre rodeado de tantos honores no puede ser el que apareció en la visión. Si nosotros, eremitas, que cargamos el peso del día y del calor, nunca hemos logrado algo así, ¿cómo puede él, lleno de tales honores, ser una columna de fuego?” Basilio, quien por revelación se enteró de los pensamientos de Efrén, hizo cuestión de que él lo fuese a ver.

Llevado ante el obispo, el eremita vio una lengua de fuego que salió de su boca, y pensó: “Basilio es realmente grande; es verdaderamente una columna de fuego. El Espíritu santo realmente habla por la boca de Basilio”. Dirigiéndose a él, Efrén dijo:

– Señor, le ruego la gracia de hacerme hablar en griego.

Basilio:

– Ud. pide una cosa difícil.

Pero oró por él, quien inmediatamente comenzó a hablar griego.

Cierta vez, otro eremita vio a Basilio caminando con atuendos pontificales y lo despreció, pensando para sí mismo que a ese hombre le gustaban demasiado ese tipo de pompas. Una voz entonces se hizo oír, diciendo: “Te gusta más acariciar la cola de tu gato de lo que Basilio aprecia sus ornamentos”.

Las puertas de una iglesia se abren, confundiendo a los herejes

El Emperador Valente, defensor del Arrianismo, tomó una iglesia de los católicos para dársela a los arrianos. Basilio fue junto a él y le dijo:

– Emperador, está escrito: “La majestad real brilla por el amor a la justicia. El juicio del rey es la justicia”. ¿Por qué entonces ordenasteis voluntariamente que los católicos fuesen expulsados de esta iglesia y que ella fuese entregada a los arrianos?

El Emperador respondió:

– Basilio, no es conveniente que me habléis así.

Él respondió:

– No me importa morir por la justicia.

Entonces el chef del Emperador, llamado Demóstenes, partidario de los arrianos, intentó intervenir, pero Basilio le dijo:

– Tu tarea es cuidar los guisos del Emperador, y no resolver problemas de fe.

Lo que lo confundió e hizo callar.

Entonces el Emperador dijo:

– Basilio, ve y arbitra el problema entre las dos partes, pero no te dejes influir por las opiniones del pueblo.

Él propuso a católicos y arrianos que las puertas de la iglesia fueran cerradas, colocando en ellas los sellos de cada uno de los partidos, y la que pudiese abrir las puertas a través de la oración tendría la posesión de la iglesia. La propuesta fue aceptada por todos. Los arrianos rezaron durante tres días y tres noches, y cuando llegaron a las puertas de la iglesia no estaban abiertas. Entonces Basilio, al frente de una procesión, fue a la iglesia y, después de haber hecho una oración, tocó ligeramente las puertas con su cayado pastoral diciendo: “Dejad libre el camino, poderes celestiales; ábranse, puertas eternas, para dejar entrar al Rey de la gloria”. E inmediatamente las puertas se abrieron y, todos entraron dando gracias a Dios, y la iglesia quedó nuevamente en posesión de los católicos.

Una leyenda que correspondía a las aspiraciones de santidad

Estos no son hechos estrictamente históricos porque la *Légende Dorée* se compone de narraciones semi-legendarias. Algunos de los hechos narrados allí sucedieron, otros no, y dentro de los que sucedieron, no todos se narran como se pasaron,



San Basilio Magno
Museo Metropolitano de
Nueva York, EUA



metmuseum (CC3.0)



Misa celebrada por San Basilio – Museo Metropolitano de Nueva York, EUA

sino que fueron embellecidos por la imaginación popular.

Sin embargo, son hechos hermosos que tienen un gran valor espiritual, pues indican cómo la piedad de aquellos pueblos llenos de devoción adornaba la figura de los santos; imaginó además cómo debería actuar Dios, y modeló una leyenda que correspondía a sus propias aspiraciones de santidad. Y esto no se puede tener en cuenta de mentira, porque no es exactamente una mentira, sino una figuración, una historia con-

tada de uno a otro sabiendo ya que está estilizada, que es como una especie de maravillosa ficción narrada en alabanza del santo.

Las narraciones referentes a San Basilio son impregnadas de aquella poesía y de aquellos problemas del Oriente de los primeros tiempos.

Ese santo vivió en una época de herejías. La herejía de los arrianos devastaba, en aquella época, a la Iglesia Católica, y San Basilio estaba en una tremenda lucha contra ellos y el Emperador, porque en general

los emperadores de Bizancio daban apoyo a los arrianos.

La razón de esto fue que estos potentados querían gobernar en la Iglesia y los obispos arrianos se prestaron a ello, mientras que en la Iglesia Católica no podían mandar, porque según la Doctrina Católica la Iglesia es una sociedad perfecta y soberana, es decir, en su propia esfera – que es la espiritual, y la temporal, en materia de Fe y Moral –, nadie manda en Ella. Los emperadores, encontrando en la Iglesia un dique para su absolutismo, evidentemente buscaron perseguirla. Fue un exceso de orgullo humano.

En esa época floreció en la Iglesia una gracia enorme, la de la vida eremítica, entendida en su rigor y fidelidad. El verdadero eremita es aquel que vive completamente solo en una cueva, en un desierto, generalmente no en lugares maravillosos, sino en aquellos que no atraen mucho la imaginación, no seducen mucho la fantasía, ni agradan a los sentidos. El eremita vive allí, solo, preocupándose solo por la alabanza de Dios.

Este estado eremítico es muy conforme a la índole del oriental, porque éste, con el alma felizmente llena de fantasía, de imaginación, en el sentido recto de la palabra, sabe ver lo que tantas veces el occidental, especialmente el ‘hollywoodizado’, no sabe ver: las mil maravillas del silencio, los mil deslumbramientos de la soledad.

Cuando una persona vive aislada, su espíritu adquiere grandeza, toma vuelo. Ella no se preocupa a no ser con las cosas de orden superior y entonces se aproxima de Dios.

El eremita que rueda una piedra en la entrada de la cueva donde vive, para que no se le entre una fiera durante la noche, pero que también puede ser sorprendido por una serpiente, y corre los riesgos del hombre que, solo, está expuesto a la lucha contra la naturaleza; el eremita que ayuna, que hace penitencia, que se hiere: es el perfecto eremita cuya figura se nos presenta aquí.

Así, en ese Oriente lleno de la desolación del arrianismo, a lo que se sumaba la pretensión de los griegos de Constantinopla de estar en oposición a Roma, inventando doctrinas descabelladas para oponerlas a la sacrosanta sencillez de la Doctrina Católica; en ese Oriente también lleno de la maravilla de la vida eremítica, con una explosión de santidad que contrasta con el horror de la herejía... Es en este Oriente con variados aspectos que vemos aparecer la gran figura de San Basilio.

El apego del hombre no está necesariamente en la proporción de lo que él posee

Y también vemos aparecer, malinterpretando la figura de San Basilio, a algunos eremitas. Sucedió a menudo en la Iglesia que, cuando se recomienda mucho el ideal de pobreza, algunos lo exageran y dan la vuelta al asunto, a la manera de los protestantes, contra la pompa de la Iglesia. Así, por ejemplo, poco después de la muerte de San Francisco de Asís algunos franciscanos dieron lugar a la herejía llamada de los *fraticelli*, que era comunista, opuesta a la propiedad privada, a toda honra y pompa y al brillo de la civilización.

Así también encontramos en esta narración eremitas que, viviendo completamente en la soledad y, por tanto, no siendo atendidos por nadie, no disponiendo de ninguna pompa, hicieron este razonamiento equivocado: “Si yo, el eremita, viviera en esta pompa, perdería mi alma; por lo tanto, los que viven en esa pompa pierden su alma”. La primera parte del raciocinio es verdadera; la segunda es falsa. Porque cada uno salva su alma en el camino que

Dios quiere. Y así el eremita salva su alma aislado; pero, otro que se sienta impulsado a servir a Dios por medio de la pompa salvará su alma en la pompa. Ni uno ni otro puede elegir otro camino por mera arbitrariedad.

Estos dos eremitas vieron a San Basilio sirviendo a Dios en su grandeza como obispo, y dudaron entonces de su santidad.

El primero fue Efrén que vio, en un éxtasis, una columna de fuego que subía hasta el cielo y escuchó una voz que le decía: “Éste es Basilio”. Él fue a la búsqueda del santo. Llegó allí y encontró a un hombre rodeado de pompa episcopal en una ceremonia eclesiástica y, pensó: “No puede ser”, o sea, pensó lo contrario de lo que la visión le había manifestado. “¿Por qué ese hombre vive en medio de esa pompa?”.

Él va a hablar con San Basilio y la Providencia le concede cariñosamente una gracia por la que entendió lo equivocado que estaba, y termina sabiendo hablar griego. ¿Por qué quería hablar griego? No se sabe. Es de esperar que fuera para realizar estudios, pues ya que el eremita no debe hablar, se supone que es para leer. Además, el santo no le habría conseguido una gracia para que él violase su buen propósito de ser un eremita. Entonces debe entenderse que recibió esta gracia para, al entender el griego, poder conocer a los Padres y Doctores griegos, conocer la versión griega del Evangelio y de los Hechos de los apóstoles.

Luego vino otro eremita y también se equivocó al pen-

sar que San Basilio no era Santo y a ese la Providencia lo castigó de una manera que, sin embargo, nos hace sonreír, mostrando que el apego del hombre no está necesariamente en proporción a lo que él posee. Aunque rodeado de pompa, San Basilio era desprendido. El eremita tenía un gato del cual gustaba muchísimo. Así que mientras hacía un juicio desfavorable sobre el Santo Prelado, oyó una voz que le decía que él gustaba más acariciar la cola del gato de lo que San Basilio apreciaba sus ornamentos.

Dos psicologías muy bien expresadas

Aunque sean casos inventados, son de muy buen gusto, literariamente muy leves, que distraen el alma, nos hacen sonreír y que están llenos de sustancia doctrinal. Porque los dos episodios resuelven el famoso problema de la pompa dentro de la Iglesia y muestran que ella está de acuerdo con los deseos de Dios; y que una persona pueda santificarse



Escenas de la vida de un eremita (detalle)
Convento de la Anunciación, León, España

Flávio Lourenço





en esta pompa, cuando es la voluntad del Creador que así se santifique.

Por otro lado, las finuras del alma humana están muy bien expresadas. El primer eremita tiene un tipo de psicología especial. Es la de un hombre impresionable. Él ve esa columna de fuego, está muy impresionado, va a hablar con San Basilio, tiene una impresión diferente e inmediatamente cambia de opinión. Pide luego una gracia improbable y Dios lo atiende. Es un tipo de psicología representado muy finamente.

Otro tipo de psicología presentado con delicadeza es la del segundo eremita: sentimental, cansado, sentado a la puerta de su cueva, llevando una vida muy tranquila, sin problemas. Día tras día, esa tranquilidad, aquel sosiego... Para divertirse tiene un gato que sabe decir "miau", pero no molesta, no objeta nada, no trae problemas. Un animal que no tenemos que arrancar de las garras del pecado y empujarlo a las alturas de vida espiritual, que se limita a comer algo que encuentra en el monte, puede ser una compañía muy tranquilizante.

Hay gatos cuyo temperamento es similar al de ciertos hombres que se dejan agrandar en todos los sentidos hasta el momento del arañón. Eso existe, pero yo creo que una de las

menores ingratitudes que un hombre puede recibir en la vida es el arañón de un gato. Entonces se ve a ese eremita adaptado a su situación.

Luego viene una advertencia que toca directamente en el punto psicológico; pero sin un insulto, sin una descompostura. Es un caso que hace sonreír. Se acuerda de su gato y vuelve corregido. ¡Es bello!

Escena grandiosa y profética

San Basilio es llamado delante del Emperador y discute con él. Entra en escena el jefe de la cocina, que es mucho más que un mero cocinero. Hay que pensar en el fabuloso lujo de los emperadores bizantinos, en las grandes comilonas que ellos hacían. A menudo había banquetes.

Por lo tanto, un director de cocina debía ser un hombre bien entendido en gastronomía para grandes fiestas.

Quiere mostrarse celoso frente al Emperador y se mete en una discusión en la que no tenía cabida. San Basilio le da ingeniosamente una respuesta: "¡Dedíquese a la comida, no haga dogmas!".

Es algo agradable de leer y nos hace sonreír; pero la lección está bien dada. Hay una fondo doctrinal, profundo, detrás de eso.

Luego viene una escena grandiosa y profética. Los fieles de la reli-

gión católica discuten con los malvados e impíos, que constituyen la secta arriana, por la propiedad de una iglesia católica que el Emperador les había dado a los arrianos.

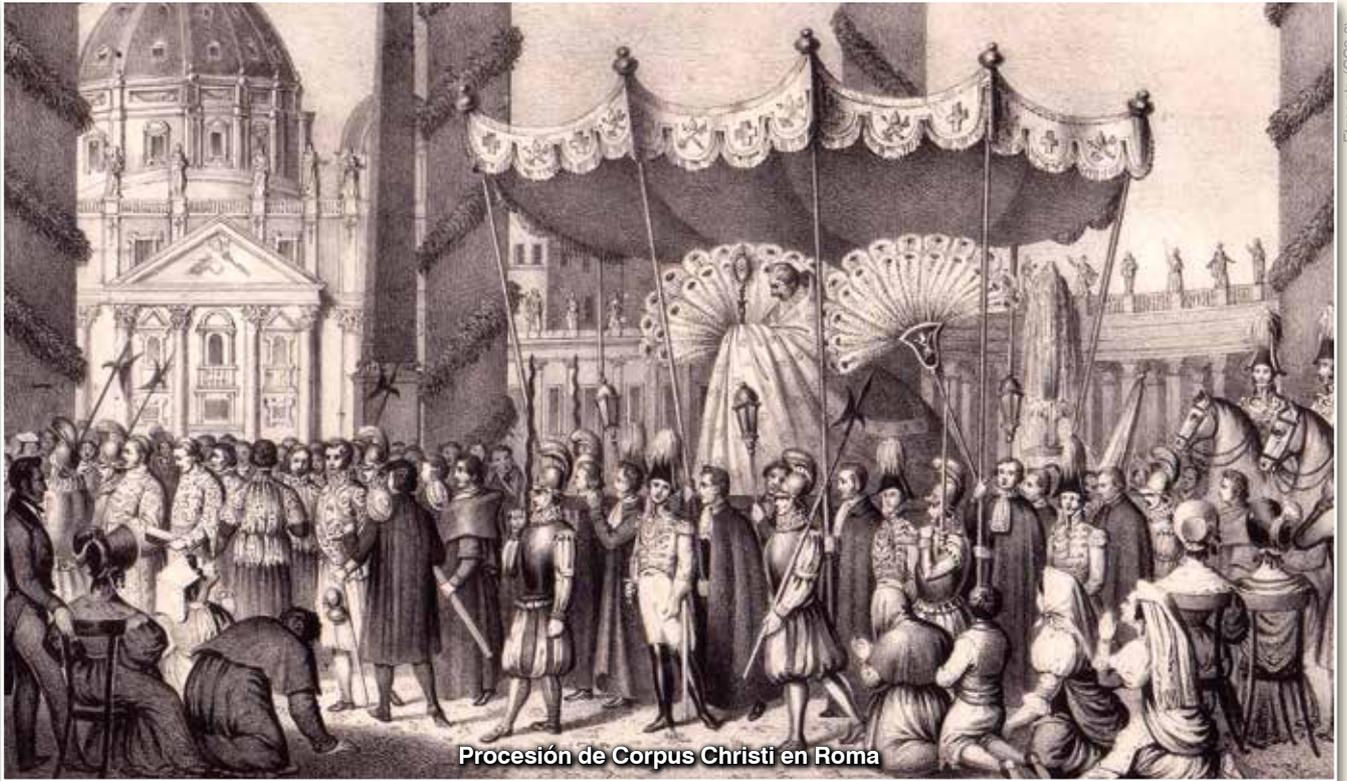
El soberano confió al Santo la solución del caso. Entonces, según esta narración, San Basilio les dijo que sellasen con sus respectivos lacres las puertas de la iglesia y rezasen.

Uno puede imaginar la magnífica escena, la tranquilidad de San Basilio y la inquietud de los arrianos. Estos rezan, rezan, rezan y... inada! San Basilio ostenta su mitra, una gran casulla, un báculo, barba blanca, ojos serenos, caminando a la cabeza de un clero piadoso. Y todos cantando las letanías. Se tiene la impresión de que cuando se aproximan, las puertas de la iglesia estaban a punto de abrirse. Él se anticipa y, en un gesto majestuoso, con la punta del báculo sólo toca la puerta y ésta se abre. Los herejes se han confundido y el coro entra cantando, seguido de una gran multitud de fieles.

Si esas cosas no hubieran pasado así, pasarían innumerables otras, y las circunstancias fueron tales que pudieron haberse dado de esa manera. De tal forma que hay un residuo de verdad en eso, incluso más verdadero que la propia narración histórica. Porque señala cierta maravilla



Entrada triunfal de Constantino en Roma – Museo del Prado, Madrid, España



Procesión de Corpus Christi en Roma

de las almas, que es la realidad histórica más profunda. Puede que no haya habido el hecho externo, pero sí el hecho profundo que es ese tipo de piedad y de espíritu sobrenatural presente por detrás de eso.

Cuando leemos estas narraciones de la *Légende Dorée*, tenemos un sentimiento de distensión. Nuestros ojos, exhaustos de constatar cosas monstruosas, y todo tipo de la suciedad y escurria de este siglo, quedan atraídos por eso medio encantados y asombrados, y una especie de himno de admiración comienza a levantarse dentro de nosotros. ¿No es cierto que, al vernos obligados a dejar la lectura sentimos una gran desolación, como un alma que hubiese visto un pedacito del cielo y fuese obligada a volver al Purgatorio?

Admiración humilde y desinteresada

Entonces, ¿cuál es la lección que sacamos de esto? Es la siguiente: si fuéramos de tal modo que pudiésemos fijar nuestro espíritu duradera-

mente en este estado de admiración; si gustásemos, por encima de todo, de practicar la virtud de la admiración, que desinteresadamente se detiene, se queda pensando y se maravilla con esos episodios; si tuviéramos dentro del alma un paraíso permanente, una alegría fija, estable y continua que nos acompañase, a pesar de todas las tristezas, estaríamos seguros de que el trasfondo de la realidad no son las cosas efímeras que vemos, ni las molestias que estas cosas nos dan, sino esta profundidad de encanto, este orden de cosas virtuoso, admirable, indescriptible que existe en el alma de personas verdaderamente santas. Aquí está el encanto de nuestra vida: hacer de esta contemplación nuestra alegría humilde y desinteresada.

Humilde, porque nos hace felices, en gran parte en la medida en que vemos que no tiene ninguna proporción con nosotros, ya que es muy superior a nosotros, hasta el punto de sentirnos pequeños delante de eso y tenemos la alegría de sentirnos así, de emocionarnos con algo que es más que nosotros.

Desinteresada, porque no tenemos un papel que desempeñar dentro de eso. No vamos a representar ningún papel al lado de San Basilio contra el Emperador. Estamos fuera. Esos hechos no nos engrandecen, no aportan ninguna ventaja para nosotros. Los contemplamos sólo porque son ellos. Lo miramos desinteresadamente.

Este es el modelo del alma medieval. Aquí hay un rastro del modo de ser medieval que es mucho más que una descripción del temperamento – aunque se entre profundamente en el temperamento – : la capacidad de maravillarse humilde y desinteresadamente. Eso es lo que hay en esa disposición de alma.

El alma así es verdaderamente fiel y realmente agrada a Dios. Sobre un alma así baja el Espíritu Santo. Porque estos son los humildes que serán exaltados. Los poderosos que serán depuestos son los que se aferran a una porción de cosas, aunque sea sólo la cola de un gato – y que hacen de eso su apego. Esos serán depuestos, es decir, desprovistos de las cosas a las que se



aferran. Los humildes, los desinteresados, por el contrario, serán elevados.

¿Cómo se produce esta elevación? – De la siguiente manera: el alma con esta capacidad de maravillarse humilde y desinteresadamente es algo así como un papel secante. Toda la perfección que toca en ella es absorbida e inhalada por ella. Aquello que admiramos desinteresadamente nos moldea y nosotros tomamos algo de esta maravilla.

La maravilla contemplada hace del individuo un ser maravilloso. Nada es más bonito, no hay maravilla más auténtica que el alma verdaderamente abierta a lo maravilloso. Ella tiene el amor de Dios, porque el amor de Dios es esto: maravillarse

humilde y desinteresadamente con las cosas de Dios. No solo con las invisibles conocidas por la Fe, sino con las visibles que el Creador ha colocado por todos lados.

Por tanto, esto es lo que debemos buscar y pedir a Nuestra Señora, que fue el alma más abierta a lo maravilloso. Es solo considerar que fue Ella quien tuvo más de cerca la mayor maravilla que pisó sobre esta tierra: Nuestro Señor Jesucristo.

Megalomanía: un defecto que está en la línea opuesta al maravillamiento

Nuestro Señor dijo que no se deben dar perlas a los cerdos (cf. Mt 7, 6). No

se pueden dar cosas maravillosas a las almas que no pueden maravillarse. Al Niño Jesús Dios le dio a Nuestra Señora para que viviese en su seno, pasase su infancia junto a Ella, y Él pasó treinta años maravillándola, porque Ella estaba dotada con el poder de maravillarse que estaba en la proporción de esta Maravilla.

Así entendemos la capacidad de maravillarse de Ella. Resultado: todas las generaciones la llamarán maravillosa, porque quien la llama bienaventurada, la llama maravillosa ¿Por qué? Por el desinterés con que Ella amó, por la humildad con la que admiró. Por eso se volvió admirable.

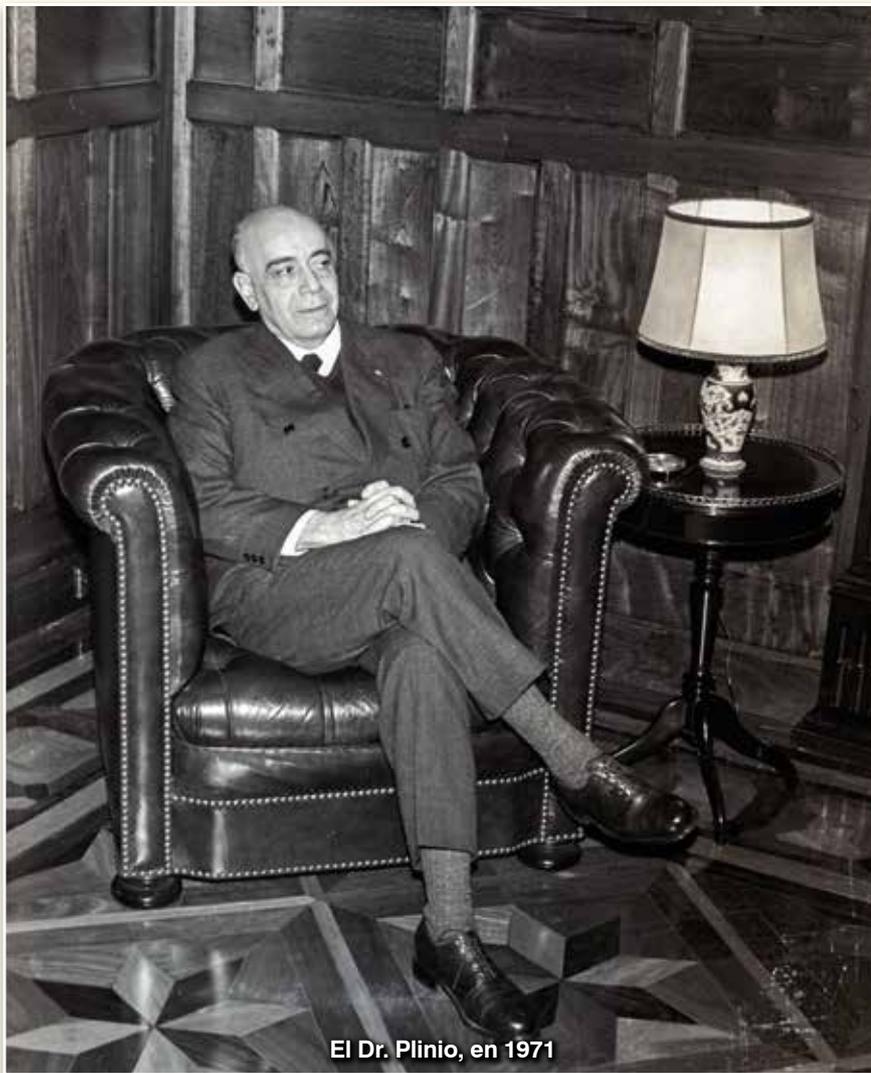
Aquí está el mecanismo de esta virtud tan fundamental para el alma Contrarrevolucionaria y para el espíritu católico.

Uno de los muchos defectos que están en la línea opuesta al maravillamiento es la megalomanía. El megalómano no se maravilla de nada más que de sí mismo. Cuando ve algo maravilloso fuera de él, se enoja, ve un poquito y luego se irrita, porque él quiere estar en el centro de todas las cosas. Esto es lo opuesto al hombre que verdaderamente tiene espíritu maravilloso.

Que esta cita de la *Légende Dorée* nos sirva de ocasión para pedirle a la Virgen que nos dé esa facultad de alma por la que nos maravillamos con lo que está por encima de nosotros; con humildad; amando eso precisamente porque es superior a nosotros, y admirándolo desinteresadamente. ❖

(Extraído de conferencia del 19/6/1971)

1) VARAZZE, Jacobo (Jacques de Voragine, en francés). *Leyenda Áurea – Vida dos Santos*. São Paulo: Editora Schwarcz Ltda. 2011. p. 192-193.



El Dr. Plinio, en 1971



Valle de lágrimas en medio de montañas cuyos picos tocan en el Paraíso - I



Debería haber una educación en la cual la persona comprendiese que esta vida es un valle de lágrimas, pero en medio de montañas cuyos picos tocan en el Paraíso. Es decir, existe la posibilidad de altas felicidades, compradas a costa de lágrimas y sangre. No son éxtasis ni revelaciones, sino alegrías de la unión con Dios, prefigura de la visión beatífica.

Como todos saben, nací en la *Belle Époque*¹. Mi adolescencia y juventud transcurrió en el período llamado *entre deux guerres*², en el que hubo una convalecencia que no se concretó, un medio término entre salud y enfermedad, con algo del peso, pero también la alegría de la convalecencia, ya que es una salida del estado de enfermedad y un camino hacia la salud que se acerca.

Sin ninguna complacencia con lo ilícito, el Dr. Plinio apreciaba el material lícito

Hubo un período primigenio en el que mi inocencia me dio un gran deseo de cosas extraordinarias, no expre-



Berlín durante la Belle Époque



sadas, pero en las que entró la gracia. Pero un poco más tarde mi atención se desvió, no del todo, pero con fuerza, de este campo de consideración a los problemas relacionados con mi perseverancia, la interlocución y la polémica con el pensamiento revolucionario, la necesidad de aferrarme a mi fidelidad para no dejarme llevar, y por tanto, para la lucha.

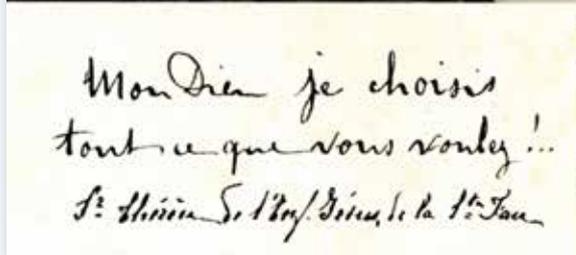
Por lo tanto, esas reflexiones más elevadas se escaparon un poco de mi atención, sin que nunca las recusase. Pero era como si no cupiese en mi mente tanta cosa para pensar al mismo tiempo. Entonces, esto se dejó un poco de lado, como un cuadro que se tiene dentro de casa, del cual se gusta mucho, pero que la vida cotidiana obliga a no siempre prestar atención a la excelencia del cuadro. Así también estaba eso dentro de mi alma.

Tenía la idea de que llegaría el día en que tendría tiempo para considerar y sumar lo que estaba conquistando en la lucha, en la polémica, en la concepción de la sociedad temporal con aquellas inocentes y anteriores elucubraciones, percepciones, con-naturalidades, apetencias naturales elevadas, etc. A eso se sumaba el hecho de que, cuando comencé a frecuentar el mundo de *entre deux guerres*, él me ofrecía, incluso dentro de lo lícito, muchas delicias. Y yo, “truculento” en todo, aunque me negaba categóricamente cualquier complacencia con lo ilícito, me gustaba mucho lo lícito: lujo, buena comida, comodidad, vida agradable. Estas cosas se me representaron como muy deseables y creaban la ilusión, más o menos implícita, de que el hombre, teniendo virtud, prestigio y gran lujo, habría llegado al techo de lo que esta vida podía dar. Has-

Archivo Revista



Estampa de Santa Teresita del Niño Jesús perteneciente al Dr. Plinio



ta cierto punto, esto proyectaba el polvo del olvido sobre las apetencias inocentes de otrora.

Las felicidades presentadas por el mundo eran festivas del demonio

En los primeros cinco años de lo que podría llamar mi conversión, cayó en mis manos una biografía en dos volúmenes de Santa Teresa de Jesús, escrita por un carmelita de Caen, Francia. La descripción del autor de los éxtasis deliciosísimos, sumada a que me encontraba en una etapa en la que nadaba en consuelos mucho más deliciosos que el prestigio, la comodidad y el lujo dentro de la virtud, todo esto me llevó a comprender que había otra ga-

ma de felicidad para la cual mi alma no prestaba atención, debido al curso de las cosas.

Entonces comencé a buscar qué era eso. Para que Santa Teresa de Jesús sintiera tanto gusto por esos éxtasis fantásticos, debía haber en su alma una aptitud natural que era satisfecha por lo sobrenatural.

Al mirar dentro de mí mismo, noté un deseo muy violento de saborear eso porque era en sí la unión con Dios, pero también – debo decirlo – y mucho, por la alegría inseparable de esta unión. Es decir, esta unión en sí misma, salvo las noches oscuras y las pruebas, es llena de alegría como una esponja puede estar llena de agua.

Entonces me preguntaba: ¿dónde hay en mi alma un anhelo de estas cosas, tan durmiente que no percibía, pero tan viva que, ante la descripción, me levanto entero como en un rugido?

Muchos años después, leyendo fragmentos de literatura griega, generalmente un poco de Platón y luego Padres

de Oriente, encontré que sus almas se movían en una atmósfera de delicias del espíritu. En los griegos, eran delicias naturales, pero caminaban en la línea de la *transesfera*³; en los Padres griegos, eran tanto sobrenaturales como naturales, ya que eran en algo herederos de la cultura griega.

Preguntándome cual era el soporte de estas cosas, llegué a la conclusión de que esos arrobos de infancia indicaban la zona natural del alma volcada al deseo de estas gracias, y en la que, entrando la gracia, aquello se desarrolla.

Por tanto, debería haber una educación en la que se entienda lo siguiente: esta vida es un valle de lágrimas, es cierto, pero un valle de lágrimas en medio de montañas cuyas cumbres tocan el Paraíso. Por lo tan-

to, existe la posibilidad de una gran felicidad en esta vida, comprada a costa de lágrimas y sangre, pero existe. Estas felicidades no son las de la *Belle Époque*, del período de *entre deux guerres* o las que siguieron, que fueron festivales del demonio, sino que son felicidades presentes en esta zona del alma.

Punto de inserción del amor de Dios en el alma

El hombre se vuelve imbecil, ciego, tartamudo y cojo si no vive para ello. En mi opinión, sin esto, la persona tiene condiciones muy difíciles para practicar la Religión Católica y perseverar en ella, porque el punto de inserción del amor de Dios en el alma es este. Esta es la zona de nuestra alma que está más vuelta hacia Dios, y es en las felicidades de esta zona donde la persona encuentra parte de su motivación para no querer el vicio, que es el oscurecimiento y la renuncia a estas altas felicidades. Por otro lado, es esta zona del alma la que da valor a las renunciaciones por la virtud.

Para implementar el Reino de María, sería necesario que la gracia creara un ambiente en el que las almas permanecieran así, y las virtudes fuesen preservadas por la educación y por todo, constantemente en esa dirección. Por cierto, ahí está la templanza. Sin eso, esta virtud es una especie de ascesis sin sentido y de gimnasia sin propósito.

Sin embargo, hay que señalar que aquí, sin que nos demos cuenta, se encuentra uno de los puntos más delicados de fidelidad a nuestra vocación. Porque el *thau*⁴, cuando está en su primera floración, abre un camino para eso. Hay un determinado momento en que los atractivos sensibles de este camino dejan de

relucir, y la fidelidad al *thau* pasa a ser más o menos como la fidelidad conyugal en un matrimonio en que el esposo y la esposa perdieron la gracia uno para el otro, pero aguantan porque es preciso aguantar. De hecho, hay una especie de segunda etapa matrimonial con el *thau*, si nos atrevemos a decirlo de esa manera, que está despojada de las consolaciones primeras. Tengo la impresión de que no estaría tan despojada, incluso en la noche más oscura, si hubiera prevalecido este sentido, donde la decadencia siempre equivale a un cierto momento en el que uno quiso cerrar los ojos a los esplendores del *thau* para prestar atención a las cosas de la Tierra. Son las vanidades y las aflicciones del espíritu las que conducen a esto.

Si para nosotros la perseverancia es dura y dolorosa, si la vida es fatigante y está llena de cardos, todo es

to adquirirá un carácter soportable y hasta alegre, no el de la fruición, sino el de esas alegrías que llaman a Dios, siempre que logremos recomponer en nuestra alma esa forma de amor de Dios, que corresponde a haber sentido, conocido y gustado la semejanza de ciertas cosas con Él, y en esto haber degustado a Dios.

No me refiero a lo material, sino a lo interno del alma, que son prefiguraciones de la visión beatífica. No se trata de éxtasis, visiones, sino naturaleza y gracia. Esto restaura nuestras almas y nos hace caminar. ❖

(Continúa en el próximo número)

(Extraído de conferencia del 9/5/84)



Dr. Plinio en el año de 1931

1) Período de la cultura cosmopolita en la Historia europea que se inició a finales del siglo XIX (1871) y se prolongó hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial, en 1914.

2) Período comprendido entre el final de la Primera Guerra Mundial (1919) y el comienzo de la Segunda Guerra Mundial (1939). La primera mitad de este período se denominó *les années folles* (los años locos), fundamentalmente por la ruptura que se verificó en las relaciones sociales.

3) Término creado por el Dr. Plinio para significar que, por encima de las realidades visibles, existen las invisibles. Los primeros constituyen la esfera, es decir, el universo material; y las invisibles, la transesfera.

4) Denominación de la última letra del alfabeto hebreo, que tenía forma de cruz. Basándose en el Capítulo 9 de la profecía de Ezequiel, el Dr. Plinio usó este término para indicar una señal marcada por Dios en las almas de las personas especialmente llamadas a rezar y actuar por la derrota de la Revolución, la victoria de la Iglesia y la implantación del Reino de María.



Archivo Revista

Un bello complemento del traje eclesiástico

La birreta y otras señales distintivas de los trajes eclesiásticos o civiles fueron siendo abolidas, mostrando la tendencia para la república universal deseada por el comunismo, y que representa el reino del demonio, donde no haya más razas, lenguas, culturas, ni civilizaciones diversas, y todos los hombres constituyan apenas un orden pardo o ceniciento, indiferente, de personas sin cualquier personalidad.

Plinio entre sus compañeros del Colegio San Luis, en 1921

Me acuerdo perfectamente de mi reacción, de niño, al ver la birreta eclesiástica, utilizada por los sacerdotes jesuitas del Colegio San Luis.

Los tres gajos de la birreta simbolizan la Santísima Trinidad

Yo había conocido sacerdotes salesianos – religiosos, por lo tanto – de la Iglesia del Sagrado Corazón de Jesús, y seculares de la Iglesia de Santa Cecilia, que era nuestra parroquia. No conocía otros, aunque los viese



Luis Samuel

pasar por la calle. Pero no sé por qué razón, ya sea los salesianos, ya sea los sacerdotes seculares, nunca los había visto con birreta. Cuando mucho, había visto que la usaban al entrar a Misa, pero se la sacaban inmediatamente o ya venían con ella en la mano. El hecho es que la birreta no me había llamado especialmente la atención.

Cuando entré al Colegio San Luis, casi todos los sacerdotes usaban birreta, sistemáticamente, sobre todo en la época más fría del año.

Las cátedras en aquel tiempo eran altas, tenían unos cuatro o cinco escalones, y el profesor hablaba muy de arriba en una especie de banco, un cuadrilátero vacío y por detrás una madera revistiendo la pared, formando una especie de escenario para él. Era una cosa muy respetable y propia a prestigiar el magisterio. Naturalmente eso desapareció, como desaparecen las cosas buenas bajo el influjo de la Revolución, perdiendo el carácter honorífico, quedando apenas lo funcional. Era la muerte gradual de la noción de honra y el advenimiento de la funcionalidad no honorífica, donde no existe más la función de la honra, sino que apenas lo útil representa algún papel.

Fue en ese ambiente, arriba descrito, de la sala de aula con la cátedra antigua que tuve una impresión magnífica al ver al profesor usando la birreta. Pensé: “¡Qué cosa digna, bien arreglada, como va bien con la sotana!” Además, sentado en aquella cátedra, con la seriedad con que hablaban en aquel tiempo, dando clase, casi se diría que la birreta era una corona negra colocada sobre la cabeza.

La birreta tiene encima tres gajos, que simbolizan la Santísima Trinidad, dispuestos de tal forma que uno de los lados de la birreta queda vacío. Sin embargo, – ¡vean como son las conclusiones de un niño! –, habituado a cierto tipo de simetría, yo pensaba que del otro lado el gajo se había caído, y por economía los sacerdotes no habían mandado que fuera pegado. Era la explicación que yo encontraba... Me lamentaba conmigo y llegué a pensar: “¿Si yo les pidiese dinero a papá y a mamá para mandar que compren unos gajos para que fuesen puestos por ellos, no será que quedaría bien?” Pero yo percibía que había cualquier cosa por lo cual no era para hacer eso, ni preguntar, y dejar la cosa así. Más tarde entendí el porqué.

Cuando la Iglesia toca en algo ella hace maravillas

Pero quedé encantado y, aunque yo fuese muy niño, me vino al espíritu la siguiente reflexión: “¡Yo conozco muchos hombres respetables y de edad avanzada, no eclesiásticos, que ganarían tanto en usar una cosa de ese género!” Uno u otro hasta usaba para protegerse del frío, una especie de gorrito cilíndrico, en general hecho de un tejido muy rico y vistoso, con colores alegres, aun-



San Pedro Arbués – Catedral
Metropolitana de México



Postal representando un cortejo pontificio

que el hombre fuese de edad, él se ponía eso en la cabeza. Mas yo pensaba: “Esos gorritos que ellos se colocan no valen nada. ¡Vea lo que los eclesiásticos se ponen en la cabeza! ¿Quién compuso esa birreta? No fue ninguno de esos sacerdotes. Con certeza, si yo pregunto quién fue, ellos no saben, porque eso se pierde en la oscuridad de los tiempos. ¿Entonces quién fue? Fue la Iglesia.” Yo me acuerdo que me vino a la mente esta reflexión claramente: “Observe como en la Iglesia, siendo divina y eximia en todas las cosas grandes, existe una cualidad por la cual hasta en las pequeñas, cuando Ella toca con la punta de los dedos, ¡hace una maravilla!”

Así, quedé realmente encantadísimo con la birreta eclesiástica. Imaginen mi tristeza cuando comencé a percibir que el uso de la birreta era cada vez más abandonado.

Además de componer bien y ser un bello complemento del traje eclesiástico, la birreta corresponde a una idea que desapareció completamente. Cuando yo era pequeño, los niños de mi edad ya usaban sombrero. Cualquiera que fuese la especie de sombrero, al traspasar el umbral de cualquiera de las puertas de su propia casa, *a fortiori* de la residencia de los otros, el niño tenía que sacarse el sombrero. Usar sombrero dentro de la casa era el auge de la falta de educación, de la falta de delicadeza. Se trataba de una cosa toda convencional, pero era así.

Sin embargo, lo convencional antes de la Revolución Francesa era otro. El hombre pasaba todo el día con sombrero, y sólo se lo sacaba delante de personas de mucho respeto, o cuando se refería a la Santísima Trinidad, Nuestro Señor Jesucristo, Nuestra Señora, Sagrada Eucaristía. También cuando entraba una persona ilustre a la sala, por ejemplo, un príncipe, un mariscal de Francia, un miembro de la Academia de Letras, un cardenal.

La Revolución promovió el desaparecimiento de la birreta, del sombrero, del uniforme

Esas son actitudes convencionales, no están ligadas al derecho natural. No obstante, es conforme al derecho natural que haya ceremonias. Cómo y cuáles ellas sean, en la mayor parte de los casos es una convención elaborada a lo largo de la Historia por las costumbres, por la índole de cada pueblo, etc.; no impuesto por una ley moral, no se origina en el orden natural de las cosas.

Por ejemplo, a nosotros occidentales nos parece la cosa más normal del mundo que nos saludemos dándonos la mano. Pero en Oriente eso no es de ninguna manera una costumbre. El saludo es hecho de lejos, con cierta forma de reverencia, de venia. Es legítimo, son cosas convencionales.

Sin embargo, no es meramente convencional que haya ceremonias. Y para afectar el orden natural, la Revolución instituyendo el igualitarismo tenía que promover el desaparecimiento de la birreta, como del sombrero, del uniforme, tanto para laicos como para eclesiásticos.

Yo asistí a estas tres etapas: los laicos que dejaron de usar sombrero, después el saco, pasando ya a usar pantalones bermudas. Los militares que abandonan el uniforme y se visten como los civiles, cuando no están de servicio, confundiendo entonces, con cualquiera en esas ocasiones.

Ahora, era evidente que la Revolución solicitase al clero que aboliese la tonsura, abandonase la sotana y usase apenas un distintivo. Después, que no usase más ningún distintivo. En esa demolición entró también necesariamente, la birreta que me dejó tan añorantes recuerdos.

En el completo desaparecimiento de los trajes distintivos de las varias condiciones de vida ya se hiera, se araña el orden natural, porque, aunque no sea imperativa-



mente necesario, es de la más alta conveniencia para el buen orden natural de las cosas que las diversas condiciones de vida tengan sus distintivos.

Es la razón por la cual, por ejemplo, el hombre y la señora casados usan alianza. Quién no está casado no usa. Quién mira percibe inmediatamente cual es el estado civil de aquella persona. Eso es tan próximo del orden natural, que la abolición de todas esas señales tiende para la república uni-

versal deseada por el comunismo, y que representa el reino del demonio, en el cual no haya más razas, lenguas, culturas, ni civilizaciones diversas, no haya más nada de diverso, y todos los hombres constituyan apenas un orden pardo o ceniciento, indiferente, de personas sin cualquier personalidad.

Estas fueron las reflexiones sugeridas por el bello recuerdo de la imponente birreta de mis maestros jesuitas. ♦

(Extraído de conferencia del 27/7/1983)



Recepción del Grand Condé en Versalles – Museo de Orsay, París, Francia

La Virgen y el Niño
Museo de Bellas Artes,
Bilbao, España

Maternidad Divina, esencia de la devoción marial

Por ser el hombre compuesto de espíritu y materia, todo el cosmos se dignifica por el hecho de haber sido hecha la unión hipostática con la naturaleza humana.

Así se establece una jerarquía admirable, toda sembrada de contrafuertes: por encima de todo Dios, infinito, incomparable a cualquier criatura; en seguida, Nuestro Señor Jesucristo, después de quien se constituiría naturalmente un abismo si no fuese colocada una criatura humana, auge de todo cuanto puede ser la mera Creación: María Santísima, su Madre.

Ella es el espejo más perfecto de Dios que pueda ser una simple criatura. Nuestra Señora es la Reina de los Ángeles, de los hombres, del Cielo y de la Tierra, revestida de todos los otros títulos, cualidades y gracias – incluso la mediación universal – por el hecho de ser Madre de Dios. La Maternidad de María, de algún modo, es la propia raíz y esencia de la devoción marial.

(Extraído de conferencia del 14/08/1965)